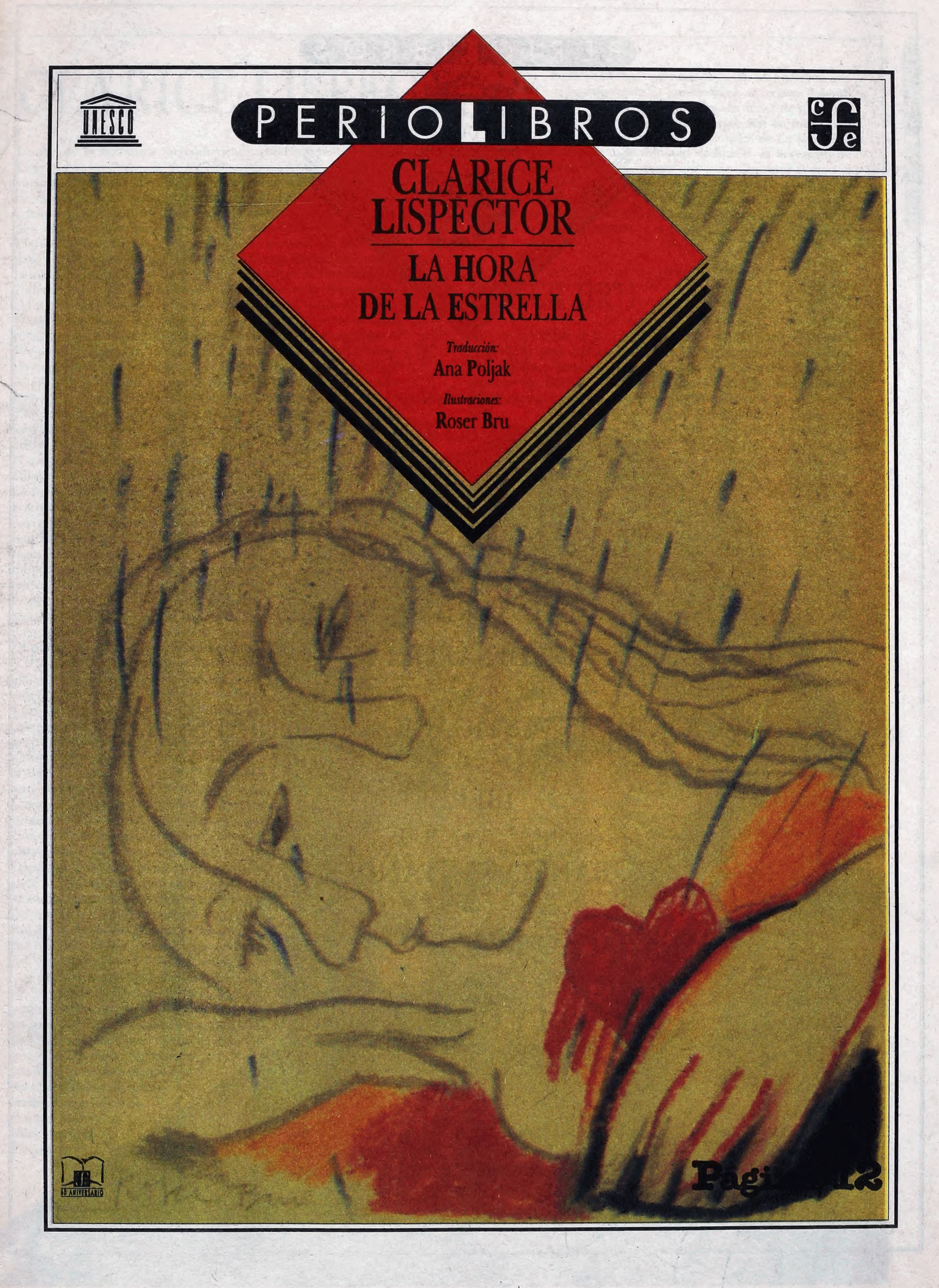

UNESCO
PERIOLIBROS
fce
CLARICE LISPECTOR
LA HORA DE LA ESTRELLA
Traducción:
Ana Poljak
Ilustraciones:
Roser Bru



Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

BANCO INTERAMERICANO
DE DESAROLLO

◆

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.

◆

IBERIA

◆

BANCO SANTANDER

◆

FUNDAÇÃO ROBERTO MARINHO

◆

BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

CLARICE LISPECTOR

Dentro de la literatura iberoamericana contemporánea, Clarice Lispector es sin duda uno de los casos más singulares. No sólo por su formación y por las distintas influencias culturales que en ella se reúnen, sino porque su escritura rompe con muchos de los esquemas no sólo de la tradición literaria brasileña, sino de los grandes escritores modernos en lengua castellana y portuguesa. Clarice Lispector nace en Tchetchelnick, Ucrania, en 1926 pero pasó sus años de infancia y adolescencia entre Recife y Río de Janeiro. Alrededor de 1944, ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad de Río de Janeiro, donde concluye su primera novela, *Cerca del corazón salvaje (Perto do coração selvagem),* inicio de una carrera meteórica. Aun cuando la editorial José Olympio rechazó publicar esta peculiar historia, la novela recibe al año siguiente el Premio Graça Aranha, lo que convierte a su autora en un fenómeno literario por su juventud, y por la calidad de la obra en la que se aúna a un talento narrativo natural la huella de narradores como Graciliano Ramos, Herman Hesse y Julien Green. Es en 1961, con la publicación de *La manzana en la obscuridad (A Maçã no Escuro),* que Clarice Lispector realmente atrae la atención de la crítica literaria brasileña e internacional. De esta época, marcan el curso de su evolución creadora, *La ciudad sitiada (A Cidade Sitiada)* (1949), *Lazos de familia (Laços de Familia)* (1960) y *La legión extranjera (A Legião Estrangeira)* (1964). La narrativa de Lispector sobresale por crear estructuras narrativas muy complejas a partir de anécdotas muy simples. En sus novelas y cuentos los personajes hablan consigo mismos, y analizan el mundo que los rodea. Más que las historias personales de sus personajes, lo que Clarice Lispector nos cuenta es la historia de las almas, el descubrimiento de su propia dimensión espiritual. En las novelas como *La pasión según G. H. (A Paixão Segundo G. H.)* (1964), o *Aprendizaje: el libro de los placeres (Uma aprendizagem: o livro dos prazeres)* (1969), el lector siempre encontrará a una escritora preocupada por reflexionar con profundidad sobre la condición humana, y sobre las grandes preguntas en torno a Dios, el mundo, el individuo, la libertad, el amor, la santidad, el espíritu, reflexiones que, sin dejar de ser profundas, son claras, accesibles, de una belleza e intensidad poco comunes. A partir de 1971, con la publicación de *Agua viva (Água viva)* y *Felicidades clandestinas (Felicidades Clandestinas),* Clarice Lispector continúa presente en el ámbito literario latinoamericano, aún cuando sus estadías en Europa se hicieron cada vez más largas y frecuentes. En 1977, año de su muerte en Río de Janeiro, había publicado 10 novelas, dos libros de cuentos, y numerosos volúmenes de crónicas y artículos periodísticos.

La hora de la estrella (A hora da estrela), su última novela, publicada en 1977, es una pequeña obra maestra donde están presentes todos los elementos de la obra completa de Clarice Lispector; en medio de una anécdota simple en apariencia, a través de la mirada compasiva pero implacable de un narrador imaginario, Clarice nos presenta a Macabea, una joven gris, vacía de afectos y pensamientos, un ser anónimo que ve transformada su inocencia en el reconocimiento de su propio destino, de la razón de ser de su propia vida. El lector descubrirá cómo, aún en medio del temor o de la duda, los personajes de *La hora de la estrella* siempre conservan la voluntad de buscar, la necesidad de conocer; búsqueda y conocimiento que para Lispector fueron el motor y la esencia del mensaje que siempre está presente en su obra. *Periolibros* presenta *La hora de la estrella* como un homenaje a la fuerza expresiva de una escritora que trasciende las barreras de su propia lengua y se inscribe en la mejor tradición latinoamericana.

ROSER BRU

Nace en la ciudad de Barcelona, España, en 1923 e ingresa a la Escuela de Artes de Santiago de Chile, donde se especializa en acuarela, dibujo y pintura. Ha participado en importantes bienales como las de São Paulo, Tokio, San Juan y Cali. Su obra se expone en reconocidos museos y galerías de Iberoamérica. En 1965 obtuvo el 1er. Premio de Pintura en Chile, y en 1962 el premio Osvaldo Goeldi en la II Bienal Americana de Grabado.





Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

Federico Mayor
Director General, UNESCO

Miguel de la Madrid
Director General, Fondo de Cultura Económica

Consejo Asesor
Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater

Dirección Colegiada
Germán Carnero Roqué, Representante de UNESCO en México / **Adolfo Castañón**, Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica
Coordinador General **Manuel Scorza Hoyle** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

Asesoría Técnica **Manuel Manrique Castro** / *Promoción* **Héctor Murillo Cruz**
Diseño **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
Supervisión **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**
Postproducción **Carlos Castañeda Vita** / *Reproducción portada* **Eric Blanc Maunier**

Diarios Asociados

Página/12, Argentina; **Presencia**, Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show**, Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador**, Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde**, Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **El Periódico USA**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **La República**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.

PERIOLIBROS: APARTADO POSTAL 20-012, COL. SAN ÁNGEL, C.P. 01001, MÉXICO D.F.

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en Argentina / diciembre de 1994



DEDICATORIA DEL AUTOR

(En verdad, Clarice Lispector)

He aquí que dedico esto al viejo Schumann y a su dulce Clara, que hoy ya son huesos, ay de nosotros. Me dedico a un color bermejo, muy escarlata, como mi sangre de hombre en plenitud y, por lo tanto, me dedico a mi sangre. Me dedico sobre todo a los gnomos, enanos, sílfides y ninfas que habitan mi vida. Me dedico a la añoranza de mi antigua pobreza, cuando todo era más sobrio y digno, y yo no había comido langosta. Me dedico a la tempestad de Beethoven. A la vibración de los colores neutros de Bach. A Chopin que me reblandece los huesos. A Stravinsky que me llenó de espanto y con quien volé en fuego. ¿A *Muerte y transfiguración*, donde Richard Strauss me revela un destino? Sobre todo me dedico a las vísperas de hoy y a hoy, al velo transparente de Debussy, a Marlos Nobre, a Prokófiev, a Carl Orff, a Schönberg, a los dodecafonistas, a los gritos ásperos de los electrónicos; a todos esos que en mí tocaran regiones aterradoramente inesperadas, a todos esos profetas del presente y que me vaticinaran a mí mismo hasta el punto de que en este instante estallo en: yo. Ese yo que son ustedes porque no aguanto a ser nada más que yo, necesito de los otros para mantenerme en pie, tonto que soy, yo torcido, en fin, qué hacer sino meditar para caer en aquel vacío pleno que sólo se alcanza con la meditación. Meditar no tiene que dar resultados: la meditación puede verse como fin de sí misma. Medito sin palabras y sobre la nada. Lo que me confunde la vida es escribir.

Y..., y no olvidar que la estructura del átomo no se ve pero se conoce. Sé muchas cosas que no he visto. Y ustedes también. No se puede presentar una prueba de la existencia de lo que es más verdadero, lo bueno es creer. Creer llorando.

Esta historia ocurre en un estado de emergencia y de calamidad pública. Se trata de un libro inacabado porque le falta la respuesta. Respuesta que, espero, alguien en el mundo me dará. ¿Ustedes? Es una historia en tecnicolor, para que tenga algún adorno, por Dios, que yo también lo necesito. Amén por todos nosotros.

Todo en el mundo comenzó con un sí. Una molécula dijo sí a otra molécula y nació la vida. Pero antes de la prehistoria existía la prehistoria de la prehistoria, y existía el nunca y existía el sí. Siempre lo hubo. No sé qué, pero sé que el universo jamás tuvo comienzo.

Que nadie se engañe, sólo consigo la simplicidad con mucho esfuerzo.

Mientras tenga preguntas y no tenga respuesta continuaré escribiendo. ¿Cómo empezar por el principio, si las cosas ocurren antes de ocurrir? ¿Si antes de la pre-pre-historia ya existían los monstruos apocalípticos? Si esta historia no existe, pasará a existir. Pensar es un acto. Sentir es un hecho. Los dos juntos son yo que escribo lo que estoy escribiendo. Dios es el mundo. La verdad es siempre un contacto interior e inexplicable. Mi vida más verdadera es irreconocible, interior en extremo, y no tiene una palabra sola que la signifique. Mi corazón se ha vaciado de todo deseo y se reduce al mero último o primer latido. El dolor de muelas que penetra en este relato fulguró en lo hondo de nuestra boca. Así es que canto, fuerte y aguda, una melodía sincopada y estridente: es mi propio dolor, yo que sobrellevo el mundo y la falta de felicidad. ¿Felicidad? Nunca supe de palabra más desdichada, inventada por las norestinas que andan por esos montes.

Como voy a decir ahora, este relato será el resultado de una visión gradual; hace dos años y medio que de a poco vengo descubriendo los porqués. Es la visión de la inminencia de. ¿De qué? Quién sabe si más tarde sabré. Como que estoy escribiendo en el momento mismo de ser leído. Pero no empiezo por el final que justificaría el comienzo –como la muerte parece hacer con la vida– porque necesito registrar los hechos precedentes.

Escribo en este instante con cierto pudor previo por estar invadiéndoles a ustedes con una narración tan exterior y explícita. De la que entre tanto hasta podrá, quién sabe, manar sangre palpitante de tan viva de vida, y después coagularse en cubos de gelatina trémula. ¿Un día será esta historia mi coágulo? Qué sé yo. Si hay veracidad en ella –y está claro que la historia es verdadera aunque sea inventada–, que cada uno la reconozca en sí mismo, porque todos somos uno y quien no es pobre de dinero es pobre de espíritu o de añoranza, porque le falta una cosa más preciada que el oro; hay quien carece de eso tan delicado que es lo esencial.

¿Cómo sé todo lo que seguirá y que todavía desconozco, ya que nunca lo he vivido? Porque en una calle de Río de Janeiro sorprendí en el aire, de pronto, el sentimiento de perdición en la cara de una muchacha norestina. Sin decir que de niño me crié en el Noreste. También sé cosas por estar vivo. Quien vive, sabe, aun sin saber que sabe. Así es que los señores saben más de lo que imaginan y se fingen tontos.

Me propongo escribir algo que no sea complejo, aunque esté obligado a usar palabras que ustedes rechazan. El relato –decido con falso libre arbitrio– va a tener unos siete personajes y yo soy uno de los más importantes, está claro. Yo, Rodrigo S. M. Cuento antiguo éste, porque no quiero ser modernista e inventar modernismos por pura originalidad. Así que experimentaré, contra mis costumbres, una narración con principio, medio y «gran finale» seguido de silencio y de lluvia que cae.

Historia exterior y explícita, sí, pero llena de secretos, empezando por uno de los títulos. «En cuanto al futuro», que está precedido y seguido por un punto y aparte. No se trata de un capricho mío; al fin tal vez se entienda la necesidad de lo delimitado. (Muy mal veo ese fin que, si mi pobreza lo permite, quiero que sea grandioso.) Si en lugar de punto estuviese seguido de puntos suspensivos, el título quedaría abierto a posibles ejercicios de imaginación de ustedes, quizá hasta malsana y despiadada. Bien, es verdad que tampoco yo tengo piedad de mi personaje principal, la norestina: es un relato que quiero frío. Pero tengo el derecho de ser dolorosamente frío, y ustedes no. Por todo esto no les doy alternativa. No se trata de un relato, ante todo es vida primaria que respira, respira, respira. Material poderoso, un día viviré aquí la vida de una molécula con su estruendo posible de átomos. Lo que escribo es más que una invención, es obligación mía hablar de esa muchacha, de entre millares de ellas. Es mi deber, aunque sea de arte menor, revelar su vida.

Porque tiene derecho al grito.

Entonces yo grito.

Grito puro que no pide limosna. Sé que hay chicas que venden el cuerpo, única posesión real, a cambio de una buena comida, en lugar de un bocadillo de mortadela. Pero la persona de quien hablaré ni aun tiene cuerpo que vender, nadie la quiere, es virgen e innocua, no le hace falta a nadie. Además –y lo descubro ahora– tampoco yo hago la menor falta; hasta lo que escribo lo podría escribir otro. Otro escritor, sí, pero tendría que ser hombre, porque una mujer escritora puede lagrimear tonterías.

Como la norestina, hay millares de muchachas diseminadas por chabolas, sin cama ni cuarto, trabajando detrás de mostradores hasta la estafa. Ni siquiera ven que son fácilmente sustituibles y que tanto podrían existir como no. Pocas se quejan y, que yo sepa, ninguna reclama porque no sabe a quién. ¿Ese quién existirá?

Estoy calentando el cuerpo para empezar, restregándome las manos una con otra para tener ánimo. Ahora he recordado que hubo un tiempo en que para calentarme el espíritu, rezaba: el movimiento es espíritu. Lo de rezar era un medio de llegar hasta mí mismo en silencio y oculto de todos. Cuando rezaba obtenía un resto de alma; y ese resto es todo lo que yo jamás pueda tener. Más de eso, nada. Pero el vacío tiene el valor de lo pleno y se asemeja a ello. Un medio de obtener es no buscar, un medio de tener es no pedir y sólo creer que el silencio que forjo en mí es respuesta a mi..., a mi misterio.

Pretendo, como he insinuado, escribir de un modo cada vez más simple. Aparte de que el material del que dispongo es parco y sencillo por demás, las informaciones sobre los personajes son pocas y no muy aclaratorias; informaciones, todas, que con esfuerzo me llegan de mí para mí mismo: es un trabajo de carpintería.

Sí, pero no hay que olvidar que para escribir no-importa-qué mi material básico es la palabra. Así es que esta historia estará hecha de palabras que se agrupan en frases, y de ellas emana un sentido secreto que va más allá de las palabras y las frases. Está claro que como todo escritor tengo la tentación de usar términos suculentos: conozco adjetivos esplendorosos, carnosos sustantivos y verbos tan esbeltos que atraviesan agudos el aire en vías de acción, ya que la palabra es acción, ¿están de acuerdo? Pero no voy a adornar la palabra porque si yo toco el pan de la muchacha, ese pan se convertirá en oro, y la joven (tiene diecinueve años), y la joven podría masticarlo y se moriría de hambre. Así, pues, tengo que hablar con simpleza para captar su delicada y vaga existencia. Me limito humildemente –pero sin hacer ostentación de mi humildad, que ya no sería humildad–, me limito a contar las pobres aventuras de una chica en una ciudad hecha toda contra ella. Ella, que debería haberse quedado en el *sertão* de Alagoas con su vestido de algodón y sin nada de mecanografía, porque escribía muy mal, que sólo había hecho el tercero de básica. Por su ignorancia, cuando estudió mecanografía tenía que copiar, lenta, letra por letra; su tía era quien le había dado un curso escaso de máquina. Y la muchacha adquirió un título: por fin era mecanógrafa. Aun cuando, a lo que parece, no aprobaba que hubiera dos consonantes juntas en el lenguaje y copiaba la letra bonita y redonda de su querido jefe en la palabra «designar» tal como en la lengua hablada hubiese dicho «desiguenar».

Discúlpenme, pero voy a seguir hablando de mí, que soy mi desconocido, y al escribir me sorprendo un poco porque he descubierto que tengo un destino. Quién no se ha preguntado: ¿soy un monstruo o esto es ser una persona?

Antes quiero afirmar que esa chica no se conoce sino a través de vivir a la deriva. Si fuese tan tonta como para preguntarse «¿Quién soy yo?», se espantaría y se caería al mismo suelo. Es que el «¿quién soy yo?» provoca necesidad. ¿Y cómo satisfacer la necesidad? Quien se analiza está incompleto.

La persona de la que voy a hablar es tan tonta que a veces sonríe a los demás en la calle. Nadie responde a su sonrisa porque ni la miran.

Vuelvo a mí: lo que escribiré no puede ser absorbido por mentes de mucha exigencia y ávidas de cosas sublimes. Porque lo que diré será apenas algo desnudo. Aunque tenga como telón de fondo –y ahora mismo– la penumbra atormentada que siempre hay en mis sueños cuando de noche, atormentado, duermo. Que no esperen, pues, estrellas en lo que sigue: nada brillará, se trata de un material opaco y por su propia naturaleza despreciable para todos. Es que a este relato le falta la melodía *cantabile*. Su ritmo a veces resulta desacompasado. Y tiene hechos. De pronto me apasioné por los hechos sin literatura; los hechos son piedras duras y obrar me está interesando más que pensar, de los hechos no hay cómo huir.

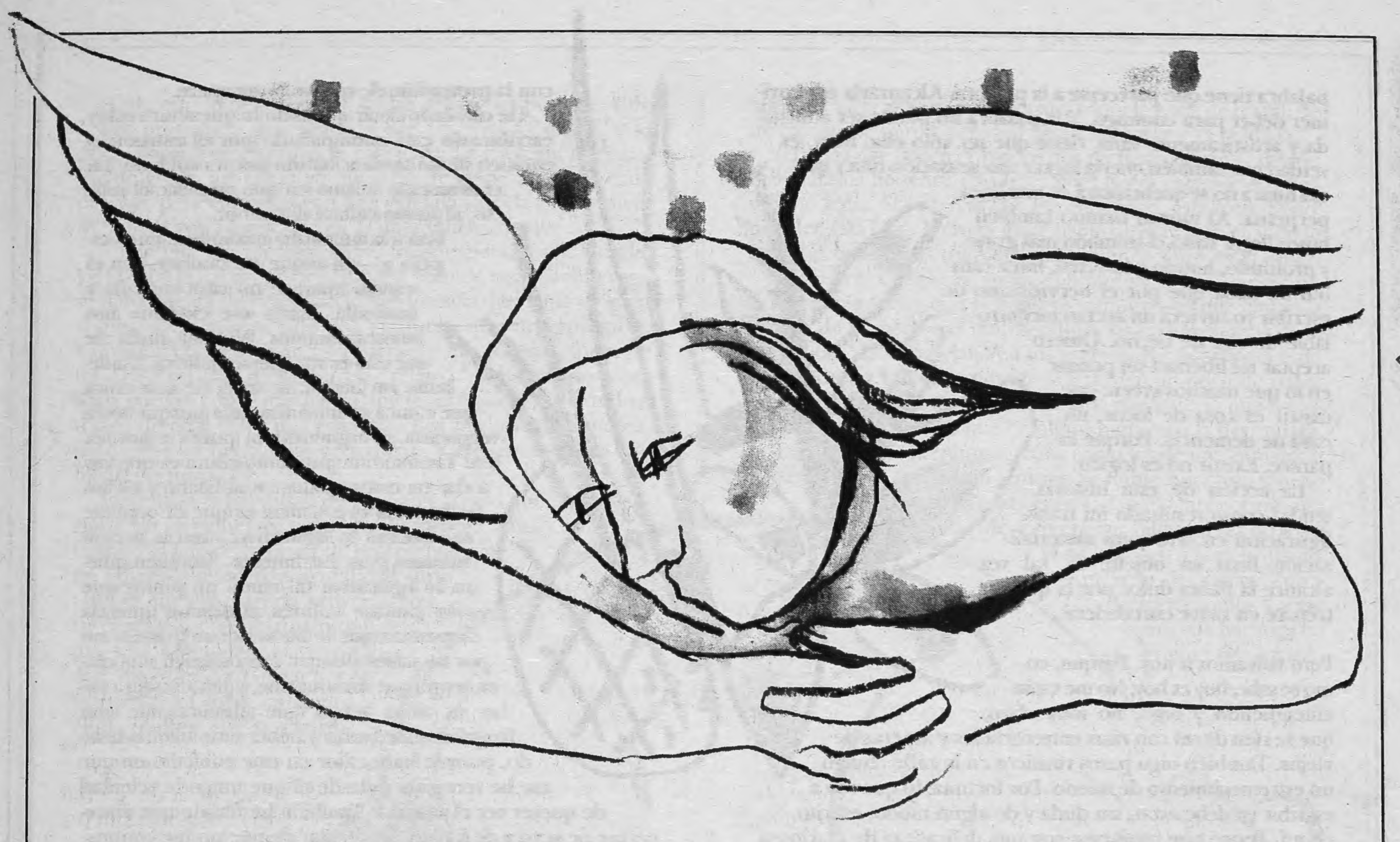
Me pregunto si debería avanzar por delante del tiempo y esbozar en seguida un final. Pero ocurre que yo mismo todavía no sé bien cómo terminará esto. Y además entiendo que he de avanzar paso a paso, de acuerdo con el plazo determinado por las horas: hasta un animal lucha con el tiempo. Y ésta es también mi condición más primaria: la de avanzar paulatinamente a pesar de la impaciencia que tengo con respecto a esa muchacha.

Con esta historia me voy a sensibilizar, y bien sé que cada día es un día robado a la muerte. No soy un intelectual, escribo con el cuerpo. Y lo que escribo es una niebla húmeda. Las palabras son sonidos traspasados de sombras que se entrecruzan desiguales, estalactitas, encaje, música de órgano transfigurada. Mal puedo pedir palabras a esa red vibrante y rica, mórbida y oscura, con el contrasonido del bajo continuo del dolor. *Allegro con brio.* Trataré de sacar oro del carbón. Sé que estoy retrasando la historia y que juego a la pelota sin pelota. ¿El hecho es un acto? Juro que este libro está construido sin palabras. Es una fotografía muda. Este libro es un silencio. Este libro es una pregunta.

Pero sospecho que toda esta charla sólo sirva para retrasar la pobreza del relato, porque tengo miedo. Antes de surgir en mi vida esa mecanógrafa, yo era un hombre que incluso estaba un poco contento, a pesar de la falta de éxito de mi literatura. Las cosas, de alguna manera, iban tan bien que podían ponerse muy feas, porque lo que madura por completo puede podrirse.

Sin embargo, de pronto me fascinó transgredir mis propios límites. Y fue cuando pensé en escribir sobre la realidad, ya que me supera. Sea lo que sea lo que quiera decir «realidad». ¿Lo que he de contar será empalagoso? Tengo esa tendencia, pero ahora mismo seco y endurezco todo. Y por lo menos lo que escribo no pide favores a nadie y no implora socorro: se aguanta su presunto dolor con una dignidad de varón.

Sí. Parece que estoy cambiando mi modo de escribir. Pero pasa que sólo escribo lo que quiero, no soy un profesional; tengo que hablar de la norestina, porque si no, me



ahogo. Ella me acusa y la forma de defenderme es escribir sobre ella. Escribo con los trazos vivos y ásperos de la pintura. Estaré luchando con hechos como si fuesen las piedras irremediables de que hablé. Ojalá que para animarme echen al vuelo las campanas mientras adivino la realidad. Y que los ángeles revoloteen como avispas translúcidas alrededor de mi cabeza ardiente, porque ella se quiere transformar en objeto-cosa, es más fácil.

¿Será verdad que la acción supera a la palabra?

Pero, al escribir, que se dé a las cosas su verdadero nombre. Cada cosa es una palabra. Y cuando no se la tiene, se la inventa. Ese Dios de ustedes que nos ha ordenado inventar.

¿Por qué escribo? Ante todo porque capté el espíritu de la lengua y así, a veces, la forma forja un contenido. Por tanto, escribo no a causa de la norestina sino por un grave motivo de «fuerza mayor», como se dice en los apercibimientos oficiales, por «fuerza de ley».

Sí, mi fuerza está en la soledad. No temo ni a las lluvias intempestivas ni a los grandes vientos desatados, porque yo también soy la oscuridad de la noche. Aunque no soporte bien oír un silbido en la oscuridad, y pasos. ¿Oscuridad? Me acuerdo de una amante: era una mujer joven y qué oscuridad dentro de su cuerpo. Nunca la olvidé: jamás se olvida a una persona con la que se ha dormido. El acontecimiento permanece grabado a fuego en la carne viva y todos lo que perciben el estigma huyen con horror.

En este momento quiero hablar de la norestina. Es esto: ella como una zorra vagabunda, era teleguiada sólo por sí misma. Porque se había reducido a sí misma. También yo, de fracaso en fracaso, me reduje a mí mismo, pero por lo menos quiero encontrar el mundo y su Dios.

Quiero agregar, a modo de información sobre la joven y sobre mí, que vivimos exclusivamente en el presente porque siempre y por la eternidad estamos en el día de hoy, y el día de mañana será un hoy, la eternidad es el estado de las cosas en este momento.

He aquí que ahora, al poner estas palabras sobre la norestina, me siento receloso. La pregunta es: ¿cómo escribo? Advierto que escribo de oído, así como aprendí inglés y francés de oído. ¿Mis antecedentes de escritor? Soy un hombre con más dinero que quienes pasan hambre, cosa que de alguna manera hace de mí una persona deshonesta. Y sólo miento a la hora exacta de la mentira. Pero cuando escribo no miento. ¿Qué más? Sí, no tengo clase social, marginal como soy. La clase alta me tiene por un monstruo extravagante, la media me ve con la desconfianza de que pueda desequilibrarla, la clase baja nunca se me acerca.

No, no es fácil escribir. Es duro como partir rocas. Pero saltan chispas y astillas como aceros pulidos.

Ah, el miedo de empezar sin saber siquiera el nombre de la chica. Sin mencionar que la historia me desespera por su enorme simpleza. Lo que me propongo contar parece fácil, a la mano de todos. Pero su elaboración es muy difícil. Porque tengo que dar nitidez a lo que está casi apagado, a lo que apenas veo. Con unas manos de dedos duros, enlodados, palpar lo invisible en el mismo lodo.

De una cosa estoy seguro; este relato tratará de algo delicado: la creación de una persona íntegra, que sin duda está tan viva como yo. Me he ocupado de ella pues sólo puedo mostrarla para que ustedes la reconozcan en la calle, al verla caminar con levedad por su flacura flotante. ¿Y si mi relato fuese triste? Claro que después escribiría algo alegre, aunque, ¿por qué alegre? Porque también soy hombre de hosannas y un día, quién sabe, cantaré bienaventuranzas, y no las dificultades de la norestina.

Por ahora quiero ir desnudo o harapiento, quiero experimentar al menos una vez esa falta de sabor que dicen que tiene la hostia. Comer la hostia será sentir la insultez del mundo y bañarse en el no. Ése será mi valor, abandonar los sentimientos antiguos que ya resultaban cómodos.

Ahora no hay comodidad: para hablar de la muchacha tengo que dejar de afeitarme varios días y adquirir ojeras oscuras durmiendo poco, sólo dormitar de puro agotamiento, soy un obrero. Además, he de vestirme con ropa vieja y rota. Todo eso para estar en el mismo plano que la norestina. Aunque entre tanto sepa que tal vez tuviese que presentarme de un modo más convincente ante sociedades de tanta exigencia con quien ahora mismo está escribiendo a máquina.

Todo eso, sí, el relato es relato. Pero sabiendo antes, para no olvidarlo jamás, que la palabra es fruto de la palabra. La

palabra tiene que parecerse a la palabra. Alcanzarla es el primer deber para conmigo. Y la palabra no puede ser adornada y artísticamente vana, tiene que ser sólo ella. Bien, es verdad que también quería lograr una sensación fina y que esa finura no se quebrantará en una línea perpetua. Al mismo tiempo también busco llegar hasta el trombón más grave y profundo, hondo y terrenal, tan a cambio de nada que por el nerviosismo de escribir yo tuviera un acceso incontrolable de risa de pecho. Quiero aceptar mi libertad sin pensar en lo que muchos creen: que existir es cosa de locos, un caso de demencia. Porque lo parece. Existir no es lógico.

La acción de esta historia tendrá como resultado mi transfiguración en otro y mi materialización final en objeto. Sí, tal vez alcance la flauta dulce por la que me treparé en suave enredadera.

Pero volvamos a hoy. Porque, como se sabe, hoy es hoy. No me están entendiendo y oigo, no muy claro, que se ríen de mí con risas entrecortadas y ásperas de viejos. También oigo pasos rítmicos en la calle. Tengo un estremecimiento de miedo. Por fortuna, lo que voy a escribir ya debe estar, sin duda y de algún modo, escrito en mí. Tengo que copiarme con una delicadeza de mariposa blanca. Esa idea de mariposa blanca viene de que, si la muchacha se casara, lo haría delgada y sutil y, como virgen, de blanco. ¿O no se casará? El hecho es que tengo en mis manos un destino y sin embargo no me siento con el poder de inventar libremente: sigo una oculta línea fatal. Estoy obligado a buscar una verdad que me supera. ¿Por qué escribo sobre una joven que ni aun tiene una pobreza con adornos? Tal vez porque en ella haya cierto recogimiento y también porque en la pobreza de cuerpo y de espíritu toco la santidad, yo, que quiero sentir el soplo de mi más allá. Para ser más que yo, pues soy tan poco.

Escribo porque no tengo nada que hacer en el mundo: estoy de sobra y no hay lugar para mí en la tierra de los hombres. Escribo por mi desesperación y mi cansancio, ya no soporto la rutina de ser yo, y si no existiese la novedad continua que es escribir, me moriría simbólicamente todos los días. Pero estoy preparado para salir con discreción por la puerta trasera. He experimentado casi todo, aun la pasión y su desesperanza. Ahora sólo querría tener lo que hubiera sido y no fui.

Parece que conozco los menores detalles de esa norestina, como si viviera con ella. Bien lo adiviné de ella: se me pegó a la piel como un dulce pegajoso o como lodo negro. Cuando era niño leí el cuento de un viejo que tenía miedo de cruzar un río. Entonces llegó un hombre joven; también quería pasar a la otra margen. El viejo aprovechó para decirle:

—¿Me puedes llevar? ¿Puedo ir montado en tus hombros?

El joven dijo que sí y ya hecha la travesía le avisó:

—Ya hemos llegado, ahora puede bajar.

Pero el viejo respondió muy astuto y avisado:

—¡Ah, eso no! ¡Es tan bueno ir montado aquí como voy, que nunca más te dejaré!

Pues la mecanógrafa no se quiere bajar de mis hombros. Ahora mismo compruebo que la pobreza es fea y promiscua. Por eso no sé si mi relato va a ser..., ¿a ser qué? No sé nada, todavía no me he animado a escribirlo. ¿Tendrá acontecimientos? Los tendrá. ¿Pero cuáles? Tampoco lo sé. No estoy tratando de crear en ustedes una expectativa ansiosa y voraz: es que realmente no sé lo que me espera, tengo un personaje en ebullición entre las manos, y se me escapa a cada instante, con la pretensión de que yo lo recupere.

He olvidado decir que todo lo que ahora estoy escribiendo está acompañado por el estruendo enfático de un tambor batido por un soldado. En el momento mismo en que empiece el relato, al punto callará el tambor.

Veo a la norestina mirándose en el espejo y —un toque de tambor— en el espejo aparece mi cara cansada y barbuda. Hasta ese extremo nos intercambiamos. No hay duda de que ella es una persona física. Y adelanto un hecho: se trata de una chica que nunca se miró desnuda porque tenía vergüenza. ¿Vergüenza por pudor o por ser fea? También me pregunto cómo es que voy a dar en cuatro patas en el hecho y en los hechos. Lo que ocurre es que de repente me fascinó lo figurativo: creo la acción humana y me estremezco. También quiero lo figurativo tal como un pintor que sólo pintase colores abstractos querría demostrar que lo hacía por su gusto, y no por no saber dibujar. Para dibujar a la chica tengo que dominarme, y para poder captar su alma tengo que alimentarme con frugalidad de frutas y beber vino blanco helado, porque hace calor en este cubículo en que me he recogido y desde el que tengo la veleidad de querer ver el mundo. También he tenido que abstenerme de sexo y de fútbol. Sin hablar de que no me comunico con nadie. ¿Volveré algún día a mi vida anterior? Lo dudo mucho. Ahora advierto que olvidé decir que entre tanto no leo nada para no contaminar con suntuosidades la simplicidad de mi lenguaje. Porque, como he dicho, la palabra se tiene que parecer a la palabra, instrumento mío. ¿O no soy un escritor? En verdad, más bien soy un actor, porque con sólo una forma de puntuar logro malabarismos de entonación, hago que la respiración ajena me acompañe en el texto.

También olvidé decir que la relación que en breve tendrá que comenzar —pues ya no soporto la presión de los hechos—, la relación que en breve tendrá que comenzar está escrita bajo el patrocinio del refresco más popular del mundo y que ni por ésas me paga nada, el refresco ése difundido en todos los países. Sin embargo, fue el que patrocinó el último terremoto de Guatemala. A pesar de tener el gusto del olor de la laca de uñas, del jabón Aristolino y de plástico mascado. Nada de eso impide que todos lo amen con servilismo y sumisión. También porque —y voy a decir ahora una cosa difícil que sólo yo entiendo—, porque esa bebida que tiene coca es hoy. Es el medio del que dispone una persona para actualizarse y pisar en la hora presente.

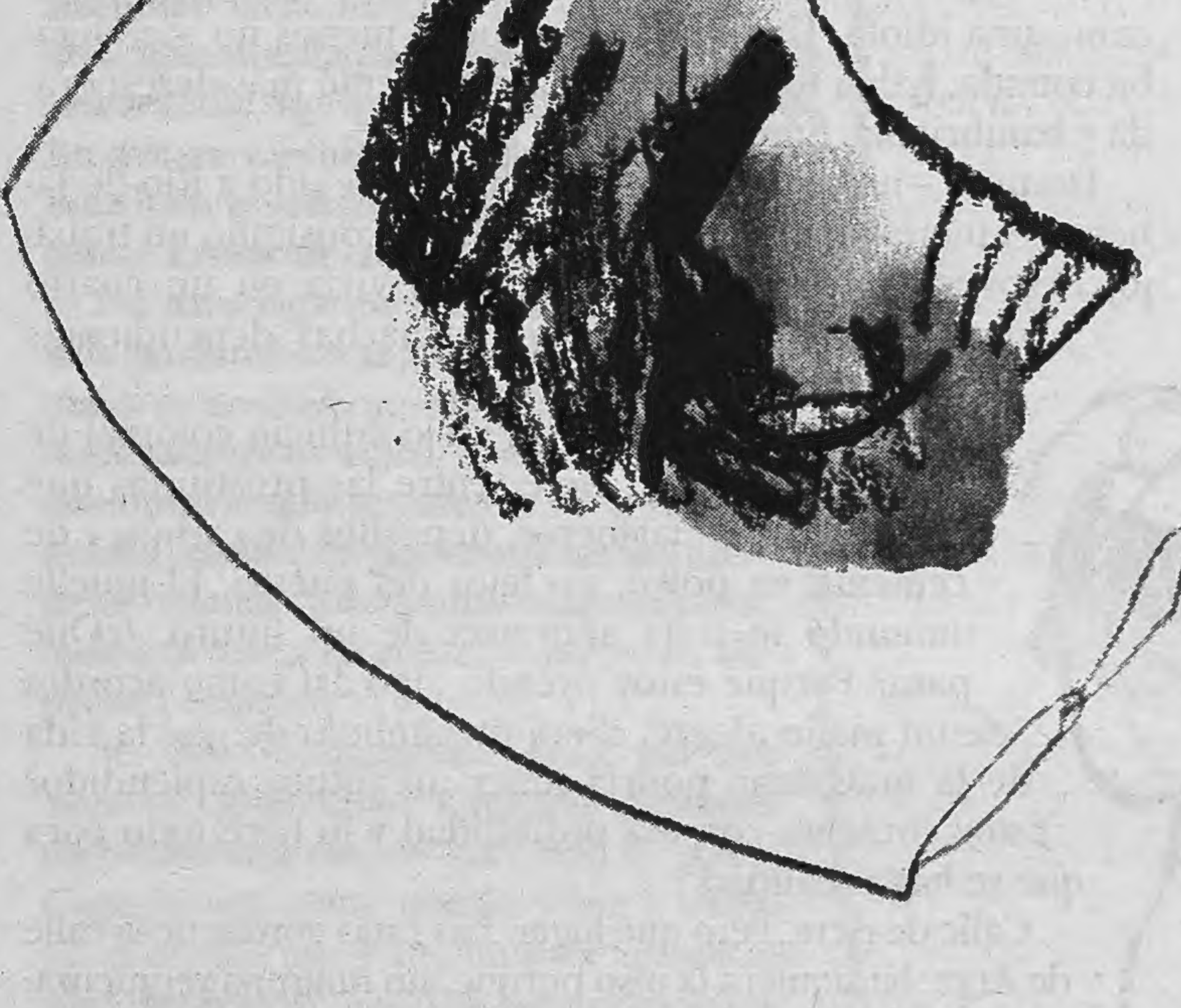
En cuanto a la muchacha, ella vive en un limbo impersonal, sin alcanzar lo peor ni lo mejor. Ella vive, tan sólo, aspirando y espirando, aspirando y espirando. A decir verdad, ¿para qué más? Su vivir es ralo. Sí. ¿Pero por qué me siento culpable? Y procuro aliviarme del peso de no haber hecho nada concreto en beneficio de la muchacha. Muchacha ésta —y veo que ya casi estoy en el relato—, muchacha ésta que dormía con una enagua de brin en la que había manchas bastante sospechosas de sangre pálida. Para dormir en las frías noches de invierno, se enroscaba sobre sí misma, recibiendo y dándose su poco calor. Dormía con la boca abierta porque tenía la nariz tapada, dormía exhausta, dormía hasta el nunca.

Debo agregar algo que importa mucho para la comprensión del relato: es que está acompañado desde el principio hasta el fin por un levísimo y constante dolor de muelas, cosa de dentina expuesta. Afirmo también que la narración será acompañada igualmente por el violín plañidero que, justo en una esquina, toca un hombre delgado. Su cara es estrecha y amarilla, como si él ya estuviese muerto. Y tal vez lo esté.

Todo esto lo he dicho con tantas dilaciones por temor de haber prometido demasiado y dar tan sólo lo simple y lo poco. Porque esta historia es casi nada. La cuestión es empezar de golpe, así como yo me echo de golpe al agua gélida del mar, para enfrentar con una valentía suicida el frío intenso. Ahora voy a empezar por la mitad diciendo que...

...que ella era incompetente. Incompetente para la vida. Le faltaba la habilidad de ser hábil. Sólo de una manera vaga se daba cuenta de una especie de ausencia que tenía de sí en sí misma. Si hubiese sido una criatura capaz de expresarse, habría dicho: el mundo está fuera de mí, yo estoy fuera de mí. (Va a ser difícil escribir este relato. A pesar de no tener nada que ver con la muchacha, me tendré que escribir todo a través de ella, entre mis espantos. Los hechos son sonoros, pero entre los hechos hay un susurro. Y ese susurro es lo que me impresiona.)

Le faltaba la habilidad de ser hábil. Tanto que (explosión) no argumentó nada en su propio favor cuando el jefe de la firma de representación de poleas le avisó con brutalidad (brutalidad que ella parecía provocar con su cara de tonta, un rostro que pedía una bofetada), con brutalidad, que sólo iba a mantener en su puesto a Gloria, su compañera, porque ella se equivocaba demasiado al escribir a máquina, además de manchar siempre el papel. Eso dijo él. En cuanto a la muchacha, pensó que por respeto se debe responder algo y habló ceremoniosa a su jefe, que era su amor oculto:



—Discúlpeme por la molestia.

El señor Raimundo Silveira —que a esas alturas ya le había dado la espalda— se volvió un poco sorprendido por la delicadeza inesperada, y algo en la cara casi sonriente de la mecanógrafa le hizo decir con menos grosería en la voz, aunque a disgusto:

—Bien, puede que no la despida ahora mismo, tal vez sea dentro de un tiempo.

Después de recibir el aviso, fue al servicio, para estar sola porque se sentía toda aturdida. Se miró maquinalmente en el espejo que colgaba sobre el lavabo sucio y desconchado, lleno de pelos, algo concordante con su vida. Le pareció que el espejo opaco y oscurecido no reflejaba ninguna imagen. ¿Acaso se habría esfumado su existencia física? Pero esa ilusión óptica se desvaneció y entrevió la cara deformada por el espejo ordinario, la nariz que parecía enorme, como la nariz de cartón de un payaso. Se miró y pensó al pasar: tan joven y ya oxidada.

(Hay los que tienen. Y hay los que no tienen. Es muy simple: la muchacha no tenía. ¿No tenía qué? No es más que eso mismo: no tenía. Si se tercia que me entiendan, está bien. Si no, también está bien. ¿Pero por qué hablo de esa chica, cuando lo que más deseo es el trigo de pura madurez y oro en el estío?)

Cuando era pequeña, su tía, aplicándole el castigo del miedo, le había dicho que el hombre vampiro —el que chupa la sangre de las personas mordiéndoles las carnes tiernas de la garganta— no se reflejaba en los espejos. No estaría del todo mal lo de ser vampiro, porque le iría bien un poco de rubor de sangre en su cara amarillenta, ella, que parecía que no tuviese sangre, a menos que en algún momento la derramara.

La chica tenía hombros curvos, como los de una zurcidora. De niña había aprendido a zurcir. Se hubiese sentido mucho más a gusto entregada a esa tarea primorosa de recomponer hilos, tal vez de seda. O de lujo: satén bien brillante, un beso de almas. Zurcidorica mosquito. Cargar como una hormiga un grano de azúcar.



Era tan insignificante como una idiota, sólo que no lo era. No sabía que era desventurada. Era, porque tenía fe. ¿En qué? En ustedes, pero no es necesario tener fe en alguien o en algo, basta con tener fe. Eso a veces le daba un estado de gracia. Nunca había perdido la fe.

(Esta muchacha me incomoda tanto que me he quedado vacío. Estoy vacío de esta chica. Me incomoda tanto más cuando menos exige. Tengo rabia. Una ira como para tirar vasos y platos y romper cristales. ¿Cómo vengarme? O mejor, ¿cómo compensarme? Ya lo sé: queriendo a mi perro, que tiene más comida que esa chica. ¿Por qué no reacciona ella? ¿Dónde está su fibra? No tiene, es dulce y obediente.)

Vio entonces dos ojos enormes, redondos, saltones e interrogativos —tenía la mirada de quien tiene un ala herida—, tal vez un problema de tiroides, ojos que preguntaban. ¿A quién interrogaba? ¿A Dios? Ella no pensaba en Dios, Dios no pensaba en ella. Dios es de quien consigue llegar a Él. En la irreflexión aparece Dios. No hacía preguntas. Adivinaba que no hay respuestas. ¿Iba a ser tan tonta de preguntar? ¿Y recibir un «no» en la cara? Tal vez una pregunta vacía valiese tan sólo para que un día nadie pudiera decir que ni siquiera había preguntado. A falta de quien le respondiese, ella misma parecía haberse contestado: es así porque es así. ¿Existe en el mundo otra respuesta? Si alguien sabe alguna mejor, que se presente y la diga; hace años que espero.

Entre tanto, las nubes son blancas y el cielo es todo azul. Para qué tanto Dios. Por qué no un poco para los hombres.

Ella había nacido con malos precedentes y ahora parecía una hija de no-sé-qué con aire de pedir disculpas por no ocupar un espacio. En el espejo, distraída, examinó de cerca las manchas de su cara. En Alagoas se llamaban *panos*, decían

que venían del hígado. Ocultaba las manchas con una capa espesa de polvo blanco y, si se veía medio revocada, era mejor que verse pardusca. Toda ella estaba un poco sucia, porque raro era que se lavase. De día llevaba falda y blusa y de noche dormía con la enagua. Una compañera de cuarto no sabía cómo advertirle que olía a mugre. Y como no sabía, se quedó en eso, porque tenía miedo de ofenderla. Nada en ella era iridiscente, aun cuando la piel de su cara tuviese entre las manchas un ligero brillo de ópalo. Pero no importaba. Nadie la miraba en la calle, ella era café frío.

Así pasaba el tiempo para esta chica. Se sonaba la nariz en el dobladillo de la enagua. No tenía esa cosa delicada que se llama encanto. Sólo yo la veo encantadora. Sólo yo, su autor, la amo. Sufro por ella. Y sólo yo puedo decirle así: «¿Qué habrá que me pidas llorando y yo no te dé cantando?» Esa muchacha no sabía que ella era lo que era, tal como un cachorro no sabe que es cachorro. Por eso no se sentía infeliz. Lo único que quería era vivir. No sabía para qué, no se lo preguntaba. Quién sabe, tal vez encontraba que había una ínfima gloria en vivir. Pensaba que una persona está obligada a ser feliz. De modo que lo era. ¿Antes de nacer ella era una idea? ¿Antes de nacer estaba muerta? ¿Y después de nacer iba a morir? Pero qué fina tajada de sandía.

Hay pocos hechos para contar y yo mismo no sé todavía lo que estoy manifestando.

Ahora (explosión) en rapidísimos trazos dibujaré la vida anterior de la muchacha hasta el momento del espejo del lavabo.

Había nacido raquítica por completo, herencia del *sertão,* los malos precedentes de que hablé. Cuando tenía dos años de edad se le habían muerto los padres de unas fiebres malignas en el *sertão* de Alagoas, allá donde Dios perdió la gorra. Mucho después fue a Maceió, con su tía la beata, única familia que tenía en el mundo. Alguna que otra vez recordaba algo olvidado. Por ejemplo, la tía le soltaba unos golpes en la cabeza porque la mollera debía ser, pensaba la tía, un punto vital. Siempre le daba con los nudillos de los dedos en la cabeza de huesos débiles por falta de calcio. Le pegaba, pero no sólo porque al pegar experimentaba un gran placer sensual –su tía, que no se había casado por repugnancia–, sino también porque consideraba que era su deber evitar que la niña un día llegara a ser una de esas muchachas que en Maceió iban por las calles con un cigarrillo encendido y esperando a algún hombre. A pesar de que la niña no hubiera dado muestras de que en el futuro fuese a convertirse en una vagabunda callejera. Porque ni aun el hecho de ser mujer parecía formar parte de su vocación. La feminidad le nacería tarde, porque hasta el capín errante desea el sol. Los golpes los olvidaba porque, si se espera un poco, el dolor acaba por pasarse. Pero lo que más le dolía era verse privada del postre de todos los días: dulce de guayaba con queso, la única pasión de su vida. ¿Pues no había sido el castigo que se convirtió en el predilecto de la tía astuta? La niña no preguntaba por qué siempre era castigada, pero no es necesario saberlo todo y el no saber era una parte importante de su vida.

Ese no saber puede parecer perjudicial pero no lo es tanto, porque la muchacha sabía muchas cosas como el cachorro que sabe mover el rabo y la persona que siente hambre aunque nadie se lo haya enseñado; nace y se encuentra con que lo sabe. Igual que nadie le enseñaría un día a morir: sin duda que iba a morir un día como si antes se hubiese estudiado de memoria el papel de la estrella. Porque en la hora de la muerte uno se vuelve como una brillante estrella de cine, es el instante de gloria de cada uno y se parece al momento en que en el canto coral se oyen agudos sibilantes.

De niña había anhelado criar algún animal. Pero la tía consideraba que un animal era una boca más para alimentar. De modo que la niña se dijo que sólo le quedaba criar pulgas, ya que no merecía el amor de un perro. Del trato con su tía le había quedado la costumbre de llevar la cabeza gacha. Pero no le había contagiado su devoción: muerta la tía, nunca más fue a una iglesia porque no sentía nada y las divinidades le resultaban extrañas.

Que la vida es así: se pulsa un botón y la vida se enciende. Sólo que ella no sabía cuál era el botón que había que pulsar. Ni se daba cuenta de que vivía en una sociedad tecnificada donde ella era un tornillo prescindible. Pero descubrió, inquieta, una cosa: ya no recordaba haber tenido padre y madre, había olvidado ese sabor. Si lo pensaba con más cuidado, se diría que había brotado de la tierra del *sertão* como una seta que después se hubiese cubierto de moho. La chica hablaba, sí, pero era muy callada. A veces le saco alguna palabra, pero se me escapa entre los dedos.

A pesar de la muerte de su tía, tenía la certeza de que todo para ella iba a ser distinto, porque no iba a morir jamás. (Mi pasión es la de ser el otro. En este caso, la otra. Me estremezco tan desaliñado como ella.)

Lo definible ya me cansa. Prefiero la verdad que hay en el presagio. Cuando me libere de este relato, volveré al dominio más irresponsable de no tener más que ligeros presagios. Yo no inventé a esa chica. Ella ha forzado en mí su existencia. Ni de lejos era una débil mental, iba a la deriva y creyente como una idiota. Una muchacha que al menos no mendigaba comida, había toda una subclase de gente más desesperada y hambrienta. Sólo yo la amo.

Después –no se sabe por qué– habían venido a Río de Janeiro, el increíble Río de Janeiro, la tía le consiguió un trabajo, después murió, y ella, ahora sola, vivía en un cuarto compartido con otras cuatro muchachas, dependientas de los Almacenes Americanos.

El cuarto estaba en un viejo edificio colonial de la áspera calle de Acre, entre las prostitutas que trataban con marineros, depósitos de carbón y de cemento en polvo, no lejos del puerto. El muelle inmundo le traía añoranza de un futuro. (¿Qué pasa? Porque estoy oyendo algo así como acordes de un piano alegre. ¿Será un símbolo de que la vida de la muchacha podría tener un futuro espléndido? Estoy contento con esa posibilidad y lo haré todo para que se haga realidad.)

Calle de Acre. Pero qué lugar. Las ratas gordas de la calle de Acre. Ni siquiera la piso porque, sin ninguna vergüenza, tengo miedo de esos pedazos pardos de vida asquerosa.

Alguna que otra vez tenía la fortuna de oír de madrugada el canto del gallo a la vida y ella recordaba, nostálgica, el *sertão.* ¿Dónde iba a caber un gallo con su quiquiriquí en aquellas tierras resecas de artículos al por mayor de exportación e importación? (Si el lector posee alguna riqueza y lleva una vida acomodada, saldrá de sí para ver cómo es a veces el otro. Si es pobre, no me estará leyendo, porque leerme es superfluo para quien tiene una tenue hambre permanente. Hago aquí el papel de una válvula de escape de ustedes y de la vida aplastante de la clase media. Bien sé que da miedo salir de sí mismo, pero todo lo que es nuevo asusta. Aunque la muchacha anónima de la historia sea tan antigua que podría ser una figura bíblica. Era subterránea y nunca había dado flor. Miento: ella era un capín.)

De los veranos sofocantes de la calurosa calle de Acre sólo percibía el sudor, un sudor que olía mal. Ese sudor me parece de origen muy feo. No sé si tenía tuberculosis, creo que no. En la sombra de la noche un hombre que silba y pasos pesados, en el aullido de un chucho abandonado. Entre tanto..., las constelaciones silenciosas y el espacio que es tiempo, que nada tiene que ver con ella y con nosotros. Así pasaban los días. El canto del gallo en la aurora sanguinolenta daba un sentido fresco a su vida marchita. En la madrugada se oía una bandada de pájaros bulliciosos en la calle de Acre: es que la vida brotaba en el suelo, alegre entre las piedras.

La calle de Acre para vivir, la calle de Lavradio para trabajar, los muelles del puerto para ir a pasear en domingo, alguna que otra sirena, con su sonido largo, de barco de carga que no se sabe por qué pone angustia en el corazón, algún que otro canto de gallo delicioso aunque un poco doliente. Desde el nunca llegaba el canto del gallo. Llegaba desde el infinito hasta su cama, llenándola de gratitud. Sueño ligero porque hacía casi un año que estaba resfriada. Tenía accesos de tos seca en la madrugada: los apagaba contra la almohada mezquina. Pero las compañeras de cuarto —María de la Peña, María Aparecida, María José y María a secas— no se incomodaban. Venían demasiado cansadas del trabajo, que no por anónimo era menos arduo. Una vendía polvos de arroz Coty, ay, qué cosa. Se daban vuelta para el otro lado y volvían a dormirse. La tos de la otra hasta las sumergía en un sueño más profundo aún. ¿El cielo estaba abajo o arriba?, pensaba la norestina. Acostada no lo sabía. A veces antes de dormirse sentía hambre y se quedaba medio alucinada pensando en un filete de ternera. El remedio entonces era masticar bien masticado un trozo de papel y tragarlo.

Sí. Me acostumbro pero no me amanso. ¡Por Dios! Con los animales me entiendo mejor que con la gente. Cuando veo a mi caballo libre y suelto en el prado, me dan ganas de apoyar mi cara en su pescuezo vigoroso y aterciopelado y contarle mi vida. Cuando acaricio la cabeza de mi perro, sé que él no exige que yo diga cosas sensatas o me explique.

Tal vez la norestina ya hubiese llegado a la conclusión de que la vida incomoda bastante, el alma no cabe bien en el cuerpo, aun un alma pobre como la suya. Imaginaba la chica, llena de superstición, que si acaso llegara alguna vez a sentir un gusto muy grande de vivir, se perdería de pronto el encantamiento que la había convertido en princesa y terminaría por transformarse en un animal rastrero. Porque, por mala que fuese su situación, no quería verse privada de sí, quería ser ella misma. Pensaba que le tocaría un castigo grave y que hasta correría un riesgo de muerte si sentía ese gusto. Entonces se defendía de la muerte viviendo menos, gastando poco de su vida para que no se le acabara. Esa economía le daba alguna seguridad, porque el que cae al suelo, de allí no pasa. ¿Tendría la sensación de que vivía para nada? No puedo saberlo, pero creo que no. Sólo una vez se hizo una pregunta trágica: ¿quién soy yo? Se asustó tanto que dejó de pensar por completo. Pero yo, que no alcanzo a ser ella, siento que vivo para nada. Soy gratuito y pago las cuentas de la luz, el gas y el teléfono. En cuanto a ella, de vez en cuando, cuando cobraba su salario, hasta se compraba una rosa.

Todo eso ocurre en este año presente y sólo acabaré este relato difícil cuando quede exhausto por la lucha, no soy un desertor.

A veces se acordaba de una aterradora canción desafinada de niñas que juegan a la rueda cogidas de las manos; ella oía sin participar, porque la tía la necesitaba para que barriese el suelo. Las niñas de cabellos ondulados con lazos de cintas color de rosa. «Yo quería una de sus hijas, mantantirulirulá.» «¿Cuál de ellas le gustaba, mantantirulirulá?» La música era un fantasma pálido como una rosa que es una locura de belleza, pero mortal: pálida y mortal, la muchacha era hoy el fantasma suave y temible de una infancia sin pelotas ni muñeca. Entonces solía fingir que corría por los corredores con una muñeca en la mano, tras una pelota, riendo sin parar. La carcajada era horrible porque ocurría en el pasado y sólo la imaginación maléfica la traía al presente, añoranza de lo que podría haber sido y no fue. (Ya he avisado que era literatura de cordel, aunque me niegue a mostrar la menor piedad.)

Debo decir que esa muchacha no tiene conciencia de mí, si la tuviese tendría alguien por quien rezar y sería la salvación. Pero yo tengo plena conciencia de ella: a través de esa joven doy mi grito de horror a la vida. La vida que tanto amo.

Vuelvo a la muchacha: el lujo que se permitía era tomar una taza de café frío antes de dormir. Pagaba ese lujo con la acidez que sentía al despertarse.

Era callada (porque no tenía qué decir), pero le gustaban los ruidos. Eran vida. En cambio, el silencio de la noche la asustaba: parecía que estaba presto a decir una palabra fatal. Durante la noche en la calle de Acre era raro que circulara un automóvil, y cuantos más bocinazos, mejor para ella. Además de esos miedos, como si no bastasen, tenía un miedo enorme de pillar una mala enfermedad por allí abajo; eso se lo había enseñado la tía. A pesar de sus pequeños ovarios, tan raquíticos. Tanto, tanto. Pero vivía sumergida en tal pasmo que por la noche no recordaba lo que había ocurrido por la mañana. Vagamente pensaba hacía mucho tiempo y sin palabras lo siguiente: ya que soy, la cuestión es ser. Los gallos de los que he hablado anunciaban otro día repetido de cansancio.

Cantaban el cansancio. ¿Y las gallinas, qué hacían?, se preguntaba la muchacha. Los ga-

llos al menos cantaban. Para hablar de gallinas, la chica a veces comía un huevo duro en un bar. Pero la tía le había enseñado que comer huevos hacía daño al hígado. Ya que era así, obediente, se ponía mala, sentía dolores en el lado izquierdo, el opuesto al hígado. Porque era muy impresionable y creía en todo lo que existía y en lo que no existía también. Pero no sabía afrontar la realidad. Para ella la realidad era demasiado para creérsela. Además, la palabra «realidad» no le decía nada. Ni a mí, por Dios.

Cuando dormía, casi soñaba que la tía le daba golpes en la cabeza. O de modo extraño soñaba cosas de sexo, ella, que tenía una apariencia asexuada. Al despertar se sentía culpable sin saber por qué, tal vez porque lo que es bueno debe estar prohibido. Culpable y contenta. Por si acaso se sentía culpable aposta y rezaba mecánicamente tres avemarías, amén, amén, amén. Rezaba pero sin Dios, no sabía quién era Él y por lo tanto Él no existía.

Acabo de descubrir que para ella, excepto Dios, también la realidad era muy poco. Se le daba mejor lo irreal cotidiano, vivía en cámara leeeenta, liebre que saaaalta en el aaaaire por las coooolinas, lo errátil era su mundo terrestre, lo errátil era lo de adentro de la naturaleza.

Le parecía bueno estar triste. No desesperada, porque nunca había llegado a eso, ya que era tan modesta y simple, pero sí esa cosa indefinible, como si ella fuese romántica. Claro que era neurótica, ni siquiera hay que decirlo. Era una neurosis que la sustentaba, Dios mío, por lo menos eso: muletas. De vez en cuando iba a la Zona Sur y se quedaba mirando los escaparates chispeantes de joyas y de prendas de seda: sólo para mortificarse un poco. Es que echaba en falta encontrarse consigo misma y sufrir un poco es un encuentro.

El domingo se levantaba más temprano aún para estar más tiempo sin hacer nada.

El peor momento de su vida era el fin de la tarde de ese día: caía en una meditación inquieta, el vacío del domingo estéril. Suspiraba. Tenía añoranzas de cuando era pequeña —comida vieja— y pensaba que había sido feliz. En verdad, por mala que sea, la infancia siempre está encantada, qué susto. Nunca se quejaba de nada, sabía que las cosas son como son y, ¿quién organizó la tierra de los hombres? Sin duda un día iba a merecer el cielo de los oblicuos, donde sólo entra quien es torcido. Además, no es eso de entrar en el cielo, oblicuo se es en la propia tierra. Juro que no puedo hacer nada por ella. Les aseguro que si pudiese mejoraría las cosas. Yo bien sé que decir que una mecanógrafa tiene el cuerpo corrupto es decir una brutalidad peor que cualquier palabrota.

(En cuanto a escribir, más vale un cachorro vivo.)

He de registrar aquí una alegría. En un domingo afligente y sin comida, la muchacha experimentó una felicidad inesperada que resultaba inexplicable: en el muelle del puerto vio un arco iris. Después de experimentar ese éxtasis delicado ambicionó otro: quería ver, como cierta vez en Maceió, estallar mudos fuegos de artificio. Quiso más, porque es una gran verdad que cuando se da la mano, esa gentuza quiere todo el resto, el pobretón sueña con hambre de todo. A ver si hay alguien con menos derecho, ¿no es así? No había forma —al menos yo no la tengo— de obtener los multiplicados brillos de la lluvia-llovizna de los fuegos de artificio.

¿Debo decir que se volvía loca por los soldados? Pues así era. Cuando veía uno, pensaba con un estremecimiento de placer: ¿será él quien me mate?

Si la muchacha hubiese sabido que mi alegría también vie-





ne de mi más profunda tristeza y que la tristeza era una alegría frustrada. Sí, era un poquitín alegre dentro de su neurosis. Neurosis de guerra.

Se permitía un lujo, además de ir al cine una vez al mes: se pintaba de un rojo escarlata grosero las uñas. Pero como se las comía casi hasta la raíz, el rojo chillón desaparecía en seguida y empezaba a verse la línea negra que había debajo.

¿Y Cuando se despertaba? Cuando se despertaba ya no sabía quién era. Un poco más tarde pensaba con satisfacción: soy mecanógrafa y virgen, me gusta la coca-cola. En ese momento se vestía de sí misma, pasaba el resto del día representando con obediencia el papel de ser.

¿Lograría enriquecer este relato si usase algunos términos técnicos difíciles? Pero ahí está: esta historia no tiene nada de técnica, ni de estilo, es a la buena de Dios. Yo tampoco mancharía, por nada del mundo, con palabras brillantes y falsas una vida parca como la de la mecanógrafa. Durante el día, como todos, hago gestos que me pasan desapercibidos a mí mismo. Pues uno de los gestos más desapercibidos es este relato del que no tengo culpa y que sale como quiere. La mecanógrafa vivía en una especie de nimbo aturdido, entre el cielo y el infierno. Nunca había pensado «yo soy yo». Creo que se consideraba sin derecho, ella era un azar. Un feto abandonado en el cubo de la basura, envuelto en un periódico. ¿Hay millares como ella? Sí, y que apenas son un azar. Pensándolo bien: ¿quién no es un azar en la vida? En cuanto a mí, sólo me libro de no ser más que un azar porque escribo, lo que es una acción que es un hecho. Cuando entro en contacto con mis fuerzas interiores, encuentro a través de mí al Dios de ustedes. ¿Para qué escribo? ¿Lo sé yo? No lo sé. Sí, es verdad, a veces también pienso que yo no soy yo, parezco venido de una galaxia lejana, de tan extraño a mí como soy. ¿Soy yo? Me espanto de encontrarme conmigo.

La norestina no creía en la muerte, como ya he dicho, pensaba que no: ¿acaso no estaba viva? Había olvidado los nombres de la madre y del padre, jamás mencionados por la tía. (Con exceso de desenvoltura estoy usando la palabra escrita y eso se estremece en mí, que tengo miedo de apartarme del Orden y caer en el abismo poblado de gritos: el Infierno de la libertad. Pero he de continuar.)

Continuando:

Todas las mañanas encendía la radio que le había prestado una compañera de cuarto, María de la Peña, la ponía bien bajito, para no despertar a las otras, sintonizaba invariablemente Radio Reloj, que daba «la hora exacta y noticias culturales», y nada de música, sólo el tic-tac de gotas que caen: una gota por minuto transcurrido. Sobre todo, esa emisora aprovechaba los intervalos entre aquel goteo de minutos para dar anuncios comerciales; ella adoraba los anuncios. Era una radio perfecta porque también entre el gotear del tiempo brindaba lecciones breves de las que tal vez algún día tuviese necesidad. Así fue como aprendió que el emperador Carlomagno era llamado Carolus en su tierra. Por cierto que nunca encontró el modo de aplicar esa información. Pero nunca se sabe, el que espera siempre lo consigue. También se enteró de que el único animal que no se ayunta con su hijo es el caballo.

—Eso, jovencito, es una indecencia —dijo la muchacha a la radio. Otra vez escuchó: «Arrepiéntete en Cristo y Él te dará la felicidad». Entonces se arrepintió. Como no sabía bien de qué, se arrepentía toda y de todo. El pastor también decía que la venganza es una cosa infernal. De modo que ella no se vengaba.

Sí, quien espera siempre lo consigue. ¿Sí?

Tenía lo que se denomina vida interior y no sabía que la tenía. Vivía de sí misma como si comiese sus propias entrañas. Cuando iba al trabajo parecía una loca mansa, porque mientras viajaba en autobús, se perdía en el devaneo de sueños elevados y deslumbrantes. Estos sueños, de tanta interioridad que tenían, estaban vacíos porque les faltaba el núcleo esencial de una experiencia previa de..., de éxtasis, digamos. La mayor parte del tiempo, sin saberlo, tenía el vacío que lle-

A pesar de que no tenía más que esa pequeña llama indispensable; un soplo de vida. (Estoy pasando por un pequeño infierno con este relato. Quieran los dioses que nunca describa un lazareto, porque si no, me cubriría de lepra.) (Si estoy demorando un poco en hacer que ocurra lo que ya preveo vagamente, lo hago porque necesito tomar varias fotos de esa alagoana. También porque, si hubiese algún lector para esta historia, quiero que se embeba de la joven así como un paño en el suelo encharcado. La muchacha es una verdad de la que yo no quería saber. No sé a quién acusar, pero ha de haber un reo.)

¿Tal vez si penetro en la simiente de su vida estaré violando el secreto de los faraones? ¿Seré castigado con la muerte por hablar de una vida que contiene, como todas nuestras vidas, un secreto inviolable? Procuro con furia hallar en esa existencia al menos un topacio de esplendor. Quizá al fin lo deslumbre, todavía no lo sé, pero tengo esperanzas.

Olvidé decir que a veces la mecanógrafa sentía náuseas al comer. Eso le venía de la niñez, de cuando supo que había comido gato frito. Se asustó para siempre. Perdió el apetito, sólo sentía un hambre enorme. Le parecía que había cometido un crimen, que había comido un ángel frito, que las alas se le quebraban entre los dientes. Ella creía en los ángeles y porque creía, existían.

Nunca había cenado ni almorzado en un restaurante. Lo hacía de pie, en el bar de la esquina. Tenía la vaga idea de que una mujer que entra en un restaurante es francesa y fácil.

Había cosas que no sabía lo que significaban. Una era «efemérides». ¿Acaso el señor Raimundo no le mandaba copiar con su letra bonita la palabra efemérides o eféméricas? El término efemírides le resultaba absolutamente misterioso. Cuando lo copiaba, prestaba atención a cada letra. Gloria era taquígrafa y no sólo ganaba más, sino que no parecía que se confundiese con las palabras difíciles de las que tanto gustaba el jefe. Lo cierto es que la muchacha se había apasionado por la palabra efemérides.

Otra fotografía: nunca había recibido regalos. Además, no necesitaba demasiado. Pero un día vio algo que por un momento deseó: un libro que el señor Raimundo, amante de la literatura, dejara sobre la mesa. El título era *Humillados y ofendidos*. Se quedó pensativa. Tal vez hubiese visto por primera vez una definición de clase social. ¡Pensó, pensó y pensó! Llegó a la conclusión de que en verdad nadie la había ofendido jamás, todo ocurría porque las cosas son como son y no había lucha posible, ¿para qué luchar?

Pregunto yo: ¿Sabría ella algún día del adiós del amor? ¿Sabría algún día de los desmayos del amor? ¿Tendría a su modo el dulce vuelo? Nada de esto sé. Qué se puede hacer con la verdad de que todo el mundo esté un poco triste y un poco solo. La norestina se perdía entre la multitud. En la plaza Mauá, donde tomaba el autobús, hacía frío y no había ningún refugio contra el viento. Ah, pero existían los barcos de carga que le producían añoranzas de quién sabe qué. Eso a veces tan sólo. En realidad, salía de la oficina sombría, enfrentaba el aire de fuera, crepuscular, y comprobaba entonces que todos los días a la misma hora era exactamente la misma hora. Era irremediable el gran reloj que funcionaba en el tiempo. Sí, para mi desesperación, a las mismas horas. Bien, ¿y qué? Pues nada. En cuanto a mí, autor de una vida, se me dan mal las repeticiones: la rutina me separa de mis posibles novedades.

Para hablar de novedades, la muchacha vio un día en un bar a un hombre tan, tan, tan guapo que..., que quería llevárselo a su casa. Debería de ser como..., como tener una gran esmeralda-esmeralda-esmerlada en un estuche abierto. Intocable. Por la alianza comprendió que estaba casado. Cómo casarse con-con-con una persona que servía para-para-para ser contemplada, tartamudeaba ella con el pensamiento. Se moriría de vergüenza si comía frente a él, porque era guapo más allá del posible equilibrio de una persona.



na el alma de los santos. ¿Era una santa? Al parecer. No sabía que meditaba porque no sabía lo que quería decir esa palabra. Pero presumo que su vida era una larga meditación sobre la nada. Sólo que necesitaba de los demás para creer en sí misma, porque de lo contrario se podía perder en los sucesivos circulares que había en ella. Meditaba mientras escribía a máquina y por esos se equivocaba aún más.

Pero tenía algunos gustos. En las noches frías, ella, temblando entre las sábanas baratas, acostumbraba a leer a la luz de una vela los anuncios que recortaba de los periódicos viejos de la oficina. Hacía colección de anuncios. Los pegaba en un álbum. Había un anuncio, el más preciado, que reproducía en colores el bote abierto de una crema para la piel de mujeres que simplemente no eran ella. Mientras, según aprendiera, hacía el gesto fatal de abrir y cerrar los ojos, dejaba volar la imaginación con delicia: la crema era tan apetitosa que, si tuviese dinero para comprarla, no sería tonta. Qué piel ni qué nada, se la comería, sí, a cucharadas, del propio bote. A ella le faltaba gordura, su organismo estaba seco como una bolsa medio vacía de galletas machacadas. Se había vuelto, como el tiempo, apenas materia viviente en su expresión primera. Quizá fuese así para defenderse de la gran tentación de ser infeliz de una vez y tener pena de sí. (Cuando pienso que yo podría haber sido ella —¿Y por qué no?— me estremezco. Me parece una huida cobarde el hecho de no serlo, siento culpa, como dije en uno de los títulos.)

En todo caso, el futuro parecía que iba a resultar mucho mejor. Por lo menos el futuro tenía la ventaja de no ser el presente, siempre hay un mejor para lo que es malo. Pero no había en ella miseria humana. Es que tenía en sí misma cierta frescura de flor. Además, por extraño que parezca, ella creía. No era más que una fina materia orgánica. Existía. Sólo eso. ¿Y yo? De mí sólo se sabe que respiro.



¿Pues no se le ocurrió que quería que sus espaldas descansaran un día? Sabía que si le hablaba al jefe de eso, él no iba a creer que le dolían las costillas. Entonces se valió de una mentira, que convence más que la verdad: dijo al jefe que al día siguiente no iría a trabajar porque quitarse un diente era muy peligroso. Y la mentira pasó. A veces sólo la mentira salva. Entonces, al día siguiente, cuando las cuatro Marías, fatigadas, fueron a trabajar, ella obtuvo por primera vez en su vida la más preciada de las cosas: la soledad. Tenía un cuarto para ella sola. Apenas si podía creer que dispusiese del espacio. Y no se oía ni una palabra. Entonces bailó, en un acto de intrepidez absoluta, porque su tía no la hubiese entendido. Bailaba y giraba porque al estar sola se volvía l-i-b-r-e! Disponía de todo, de la soledad arduamente conseguida, de la radio de pilas a todo volumen, de la amplitud de la habitación sin las Marías. Pidió y consiguió como un favor que la propietaria de las habitaciones le diese un poco de café soluble y, también como favor, le pidió agua hirviente; se lo tomó a sorbos, delante del espejo, para no perderse nada de sí misma. Encontrarse consigo misma era un bien que hasta entonces no había conocido. Creo que nunca estuve tan contenta en esta vida, pensó. No debía nada a nadie y nadie le debía nada. Hasta se dio el lujo de aburrirse: un aburrimiento bien distinto.

Desconfío un poco de su inesperada facilidad para pedir favores. ¿O sea que necesitaba de condiciones especiales para ser encantadora? ¿Por qué no obraba siempre así en la vida? Hasta mirarse en el espejo no le resultó tan aterrador: estaba contenta, pero cómo dolía.

—¡Ah, mes de mayo, no me dejes nunca más! —(explosión) fue su exclamación íntima al día siguiente, 7 de mayo, ella, que nunca exclamaba. Quizá porque por fin alguna cosa le había sido dada. Dada por ella misma, pero dada.

En esa mañana del día 7, el éxtasis inesperado para su tan pequeño cuerpo. La luz abierta y fulgurante de las calles atravesaba su opacidad. Mayo, mes de los velos de novia que flotan blancos.

Lo que sigue es un mero intento de reproducir tres páginas que escribí y que mi cocinera, al verlas por allí, tiró a la basura para mi desesperación; que los muertos me ayuden a soportar lo casi insoportable, ya que de nada me valen los vivos. Ni por asomo conseguí igualar el intento de repetición artificial de lo que originalmente escribí sobre el encuentro con su futuro pretendiente. Con humildad contaré ahora la historia de la historia. Por lo tanto, si me preguntasen cómo fue, diría: no lo sé, me perdí el encuentro.

Mayo, mes de las mariposas novias flotando con sus blancos velos. Su exclamación tal vez hubiese sido un presagio de lo que iba a ocurrir al final de la tarde de ese mismo día: en medio de un aguacero encontró (explosión) la primera clase de novio de su vida, mientras el corazón le latía como si hubiese tragado un pajarito que revoloteara prisionero. El muchacho y ella se miraron en medio de la lluvia y se reconocieron como dos norestinos, animales de la misma especie que se adivinan. Él la miró enjugándose la cara mojada con las manos. Y a la muchacha le bastó verlo para convertirlo de inmediato en su dulce de guayaba con queso.

Él...

Él se acercó y con la voz cantarina del norestino, que la llenó de emoción, le preguntó:

—Disculpe, señorita, ¿puedo invitarla a pasear?

—Sí —respondió atolondrada, de prisa antes de que él cambiara de idea.

—Si me permite, ¿cuál es su nombre?

—Macabea.

—¿Maca qué?

—Bea —se vio obligada a completar.

—Disculpe, pero parece el nombre de una enfermedad, de una enfermedad de la piel.

—A mí también me parece extravagante, pero mi madre hizo voto de ponérmelo a Nuestra Señora de la Buena Muerte si yo vivía; hasta hacer el año nadie me llamaba, porque no tenía nombre; yo hubiese preferido seguir así sin que nadie me llamara en lugar de tener un nombre que nadie más tiene según parece —se detuvo un instante para retomar el aliento perdido y agregó, desanimada y con pudor—: Pues, como verá el señor, viví... y...

—También en el *sertão* de Paraíba una promesa es una deuda de honor muy importante.

Los dos ignoraban cómo se pasea. Caminaron bajo la lluvia densa y se detuvieron delante del escaparate de una ferretería donde había expuestos caños, latas, tornillos grandes y clavos. Macabea, temerosa de que el silencio ya significase una ruptura, dijo al recién-enamorado:

—A mí me gustan mucho los tornillos y los clavos, ¿Y a usted?

La segunda vez que se encontraron caía una lluvia fina que ensopaba los huesos. Sin siquiera darse la mano caminaban bajo la lluvia, que, en la cara de Macabea, parecía deslizarse como lágrimas.

La tercera vez que se encontraron —¿pues no fue que también estaba lloviendo?—, el muchacho, irritado, perdiendo ese mínimo barniz de fineza que su padrastro a duras penas el había enseñado, dijo:

—¡Pero usted no sabe nada más que llover!

—Disculpe.

Pero ella lo amaba tanto que ya no sabía cómo librarse de él, estaba desesperada de amor.

Una de las veces en que se vieron, ella, por fin, le preguntó el nombre.

—Olímpico de Jesús Moreira Chaves —mintió él, porque apenas si tenía el Jesús como apellido, el apellido de los que no tienen padre. Había sido criado por un padrastro que le enseñó modales finos para tratar a las personas y aprovecharse de ellas y también le había enseñado a pegársela a las mujeres.

—No entiendo su nombre —dijo ella—. ¿Olímpico?

Macabea fingía una curiosidad enorme, ocultando que nunca lo entendía todo muy bien y así estaban las cosas. Pero él, como gallito de riña que era, se encrespó todo con la pregunta tonta que no sabía contestar. Dijo furioso:

—¡Yo sí, pero no lo quiero decir!

—No está mal, no está mal, no está mal..., no es necesario que los demás entiendan el nombre.

Ella sabía lo que era el deseo, aunque no supiese que lo sabía. Era así: estaba hambrienta pero no de comida, era un gusto algo doloroso que subía desde el vientre y le alborotaba los pezones y los brazos vacíos de abrazos. Se volvía dramática y le dolía vivir. Entonces se ponía un poco nerviosa, y Gloria le daba agua con azúcar.

Olímpico de Jesús era obrero en una fábrica metalúrgica y ella advirtió que él no decía «obrero» sino «metalúrgico». Macabea estaba contenta de la posición social de él porque también tenía a orgullo el ser mecanógrafa, aunque ganase un salario por debajo del mínimo. Pero ella y Olímpico eran alguien en el mundo. «Metalúrgico y mecanógrafa» formaban casi una pareja con clase. El trabajo de Olímpico tenía el gusto que se siente cuando se fuma un cigarrillo encendiéndolo del revés, por el lado del filtro. El trabajo consistía en coger barras de metal que se deslizaban por encima de una máquina para colocarlas abajo, sobre una cinta móvil. Nunca se había preguntado por qué ponía las barras abajo. No le iba mal la vida, y hasta había ahorrado un poco de dinero: dormía sin pagar en la caseta de una obra de demolición, gracias a su amistad con el guarda.

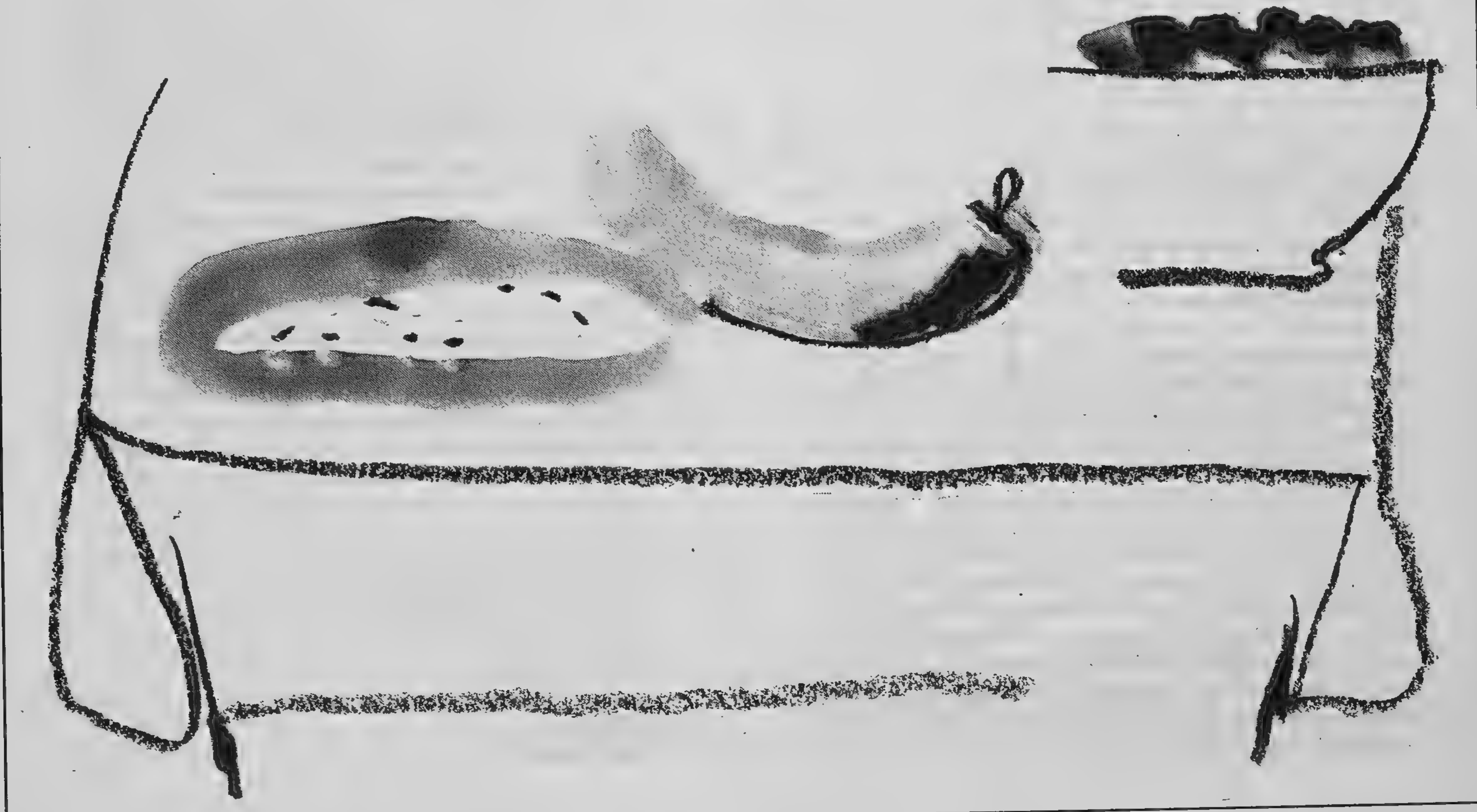
Macabea dijo:

—Los buenos modales son la mejor herencia.

—Pues para mí, la mejor herencia es mucho dinero. Pero un día seré muy rico —dijo él, que tenía una grandeza demoníaca: su fuerza sangraba.

Lo que quería ser era torero. Una vez había ido al cine y se estremeció de los pies a la cabeza al ver la capa roja. No le daba lástima el toro. Le gustaba ver sangre.

En el Noreste había ahorrado salarios y salarios para arrancarse un canino perfecto y hacerse poner en su lugar un diente de oro deslumbrante. Ese diente le daba una posición en la vida. Además, el matar le había convertido en hombre con mayúscula. Olímpico no tenía vergüenza, era lo que en el Noreste se llama un «cabrito desvergonzado». Pero no sabía que era un artista: en las horas de ocio esculpía figuras de santos y eran tan bonitas que no las vendía. No dejaba ningún detalle fuera y, sin faltar, esculpía todo lo del Niño Jesús. Él pensaba que lo que es, es, y Cristo además de santo, había





sido un hombre como él, aunque sin el diente de oro.

Los asuntos públicos interesaban a Olímpico. Él adoraba oír discursos. Porque tenía sus propios pensamientos, eso tenía. Se acuclillaba con el cigarro barato entre las manos y pensaba. Como lo había hecho en Paraíba, se acuclillaba en el suelo, con el trasero a cero de altitud, a meditar. Decía en voz alta y para sí:

—Soy muy inteligente, llegaré a diputado.

¿Y acaso no le daba por decir discursos? Tenía un canto al hablar y usaba palabras engordadas, propias de quien abre la boca pidiendo y ordenando los derechos del hombre. En el futuro, que no toco en este relato, acabó siendo diputado y exigía que los demás le llamaran doctor.

Macabea, a decir verdad, era una figura medieval, en tanto que Olímpico de Jesús se consideraba una llave maestra, de esas que abren cualquier puerta. Macabea simplemente no era técnica, ella era sólo ella. No, no quiero salir con sentimentalismos, o sea que voy a cortar la desdicha implícita de esta muchacha. Pero tengo que señalar que Macabea nunca en su vida había recibido una carta y el teléfono de la oficina sólo era para el jefe o para Gloria. Una vez le pidió a Olímpico que la llamase. Él dijo:

—¿Llamarte por teléfono para oír tus bobadas?

Cuando Olímpico le dijo que llegaría a ser diputado por el Estado de Paraíba, ella se quedó boquiabierta y pensó: ¿entonces, seré diputada cuando nos casemos? No quería, porque lo de diputada le parecía un nombre feo. (Como ya he dicho, ésta no es una historia de pensamientos. Después quizá vuelva a las sensaciones innominadas, hasta las sensaciones de Dios. Pero la historia de Macabea tiene que salir, porque de lo contrario estallo.)

Las raras conversaciones entre los novios versaban sobre las tortillas de fariña, la carne salada, la cecina, la rapadura, el azúcar de pilón. Porque ese era el pasado de ambos y ellos olvidaban la amargura de la infancia ya que, cuando se ha ido, esa época siempre parece agridulce y hasta produce nostalgia. Parecían verdaderos hermanos, cosa que —ahora lo percibo— no permite el matrimonio. Pero no sé si ellos sabían eso. ¿Se casarían o no? No lo sé aún, sólo sé que eran de alguna manera inocentes y poca sombra hacían sobre el suelo.

No, he mentido; ahora lo veo todo: él no era nada inocente, a pesar de ser una víctima general del mundo. Llevaba, ahora lo he descubierto, la dura semilla del mal, le gustaba vengarse, ese era su mayor placer y lo que le daba fuerza de vida. Más vida que ella, que no tenía ángel de la guarda.

En fin, lo que tuviese que ocurrir, ocurriría. Y como nada ocurría entre tanto, ninguno de los dos sabía inventar acontecimientos. Se sentaban en donde debe ser: en un banco de la plaza. Allí, acomodados, nada los diferenciaba del resto de la nada. Para mayor gloria de Dios:

Él: —Pues sí.

Ella: —¿Pues sí, qué?

Él: —¡Yo dije pues sí!

Ella: —¿Pero «pues sí» qué?

Él: —Mejor cambiemos de conversación, porque tú no me entiendes.

Ella: —¿Entender qué?

Él: —¡Virgen santa! ¡Macabea, vamos a cambiar de tema ahora mismo!

Ella: —¿Y de qué hablamos?



Él: –De ti, por ejemplo.

Ella: –¡¿De mí?!

Él: –¿Por qué tanto susto? ¿Tú no eres gente? La gente habla de la gente.

Ella: –Disculpa, pero no me parece que yo sea muy gente.

Él: –¡Pero si todo el mundo es gente, Dios mío!

Ella: –Yo no me he habituado.

Él: –¿No te has habituado a qué?

Ella: –Ah, no sé explicarme.

Él: –¿Entonces?

Ella: ¡¿Entonces qué?

Él: –Oye, yo me largo, porque tú eres imposible.

Ella: –Es que sólo sé ser imposible, no sé otra cosa. ¿Qué puedo hacer para lograr se posible?

Él: –¡Deja de hablar, que sólo dices estupideces! Di lo que quieras.

Ella: –Me parece que no sé qué decir.

Él: –¿No sabes qué?

Ella: –¡Ay!

Él: –Mira si estoy suspirando de agonía. Mejor será que no hablemos de nada, ¿vale?

Ella: –Sí, vale, como quieras.

Él: –Ay, tú no tienes arreglo. Yo, de tanto oír que me llamaban, me convertí en mí mismo. En el *sertão* de Paraíba no había quien no supiese quién era Olímpico. Y un día todo el mundo va a saber quién soy yo.

–¿Sí?

–¿No te lo estoy diciendo? ¿No me crees?

–Sí que te creo, te creo, te creo, no quise ofender.

De niña ella había visto una casa pintada de rosa y blanco, con un huerto en el que había un pozo con agua y todo. Era bonito mirar adentro. Entonces su ideal pasó a ser ése: llegar a tener un pozo sólo para ella. Pero no sabía cómo hacer, de modo que preguntó a Olímpico:

–¿Sabes si una persona puede comprar un agujero?

–Oye, ¿tú hasta ahora no has pensado, no te has dado cuenta de que todo lo que preguntas no tiene respuesta?

Ella se quedó con la cabeza inclinada sobre el hombro, tal como se queda una triste paloma.

Cuando él habló de hacerse rico, una vez, ella le dijo:

–¿No será una locura tuya?

–¡Vete al infierno! Tú sólo sabes desconfiar. Y no suelto unos cuantos tacos, porque tú eres una joven respetable.

–Cuidado con las preocupaciones, dicen que producen úlcera de estómago.

–De preocupaciones, nada, porque estoy seguro de que voy a vencer. Vaya, ¿y tú tienes preocupaciones?

–No, no tengo ninguna. Creo que no necesito vencer en la vida.

Fue la única vez que habló de ella con Olímpico de Jesús. Estaba acostumbrada a olvidarse de sí misma. Nunca alteraba sus hábitos, tenía miedo de inventar.

–¿Tú sabías que en Radio Reloj han dicho que un hombre escribió un libro que se titula *Alicia en el País de las Maravillas* y que era también matemático? También dijeron algo de «élgebra» ¿Qué quiere decir «élgebra»?

–Saber esas cosas es de marica, de hombre que se porta como una mujer. Disculpa esa palabra que he dicho, marica, porque es una palabrota que no hay que usar delante de una buena chica.

–En esa radio hablan de eso de la «cultura», y dicen palabras difíciles, por ejemplo: ¿qué quiere decir «electrónico»?

Silencio.

–Lo sé, pero no quiero decírtelo.

–Me gusta mucho oír el goteo de los minutos del tiempo, que hacen así: tic-tac-tic-tac-tic-tac. Radio Reloj dice que da la hora exacta, cultura y anuncios. ¿Qué quiere decir cultura?

–La cultura es la cultura –seguía él fastidiado–. Tú también, vives poniéndome contra la pared.

–Es que hay muchas cosas que no entiendo bien. ¿Qué quiere decir «renta per cápita»?

–Ah, eso es fácil, es cosa de médicos.

–¿Qué quiere decir calle del Conde de Bonfim? ¿Qué es conde? ¿Es un príncipe?

–Un conde es un conde, a ver. Yo no necesito la hora exacta porque tengo reloj.

No le dijo que lo había robado en el servicio de la fábrica: un compañero lo había dejado sobre el lavabo mientras se lavaba las manos. Nadie lo supo, él era un verdadero técnico en robos: no usaba el reloj de pulsera en el trabajo.

–¿Sabes qué más aprendí? En la radio dijeron que hay que tener alegría de vivir. Así que yo la tengo. También oí una música bonita. Hasta me hizo llorar.

–¿Era una samba?

–Me parece que sí. La cantaba un hombre que se llama Caruso y que dicen que ya ha muerto. La voz era tan suave que daba pena de oírla. La música se llamaba "Una furtiva lacrima". No sé por qué no decían lágrima.

«Una furtiva lacrima» había sido la única cosa bellísima de su vida. Enjugando sus propias lágrimas trató de cantar lo que había oído. Pero su voz era áspera y tan desafinada como ella misma. Al oírse, empezó a llorar. Era la primera vez que lloraba; no sabía que tuviese tanta agua en los ojos. Lloraba, se sonaba la nariz sin saber por qué lloraba. No lloraba por la vida que le había tocado: como no había conocido otras formas de vivir, aceptaba que para ella era «así». Pero también creo que lloraba porque, a través de la música, adivinaba que quizá había otros modos de sentir, que había existencias más delicadas y hasta con cierto lujo en el alma. Sabía muchas cosas que no sabía entender. ¿«Aristocracia» significaría, acaso, una gracia concedida? Probablemente. Si es así, que así sea. El sumergirse en la vastedad del mundo musical que no necesitaba ser entendido. Su corazón se había desbocado. Al lado de Olímpico se sintió valiente de pronto y lanzándose a lo desconocido de sí misma dijo:

–Me parece que hasta sé cantar esa música. La-la-la-la-la.

–Pareces una muda cantando. Tienes voz de caña rajada.

–Debe ser porque es la primera vez en la vida que canto.

Ella pensaba que «lacrima», en lugar de lágrima, era un error del hombre de la radio. Nunca se le había ocurrido que existiese otra lengua y pensaba que en Brasil se hablaba brasileño. Además de los barcos de carga de los domingos, sólo tenía esa música. El sustrato último de la música era su única vibración.

El noviazgo continuaba sin fuerza. Él:

–Después de la muerte de mi santa madre, ya nada me ataba a Paraíba.

–¿De qué murió?

–De nada. Se le acabó la salud.

Él hablaba de grandes cosas, pero ella prestaba atención a las cosas insignificantes, como ella misma. Así fue que reparó en un portal herrumbrado, retorcido, chirriante y desconchado que abría el camino a una serie de casas de una zona residencial. Lo vio desde el autobús. La casa del número 106 hasta tenía una placa en la que estaba escrito el nombre de la casa. Se llamaba «Amane-





cer». Un nombre bonito que también auguraba cosas buenas.

Le parecía que Olímpico era muy conocedor de las cosas. Él decía lo que ella jamás había oído. Una vez le habló así:

—La cara es más importante que el cuerpo, porque la cara muestra los sentimientos de la persona. Tú tienes cara de quien ha comido algo que no le gustó, no me agradan las caras tristes, a ver si cambias —y dijo una palabra difícil—, a ver si cambias de «expresión».

Consternada, le dijo:

—No sé cómo se hace para tener otra cara. Pero sólo en la cara estoy triste, porque por dentro me siento alegre. Es tan bueno vivir, ¿verdad?

—¡Claro! Pero vivir bien es cosa se privilegiados. Yo soy uno de ésos; tú me ves flaco y poca cosa, pero soy fuerte, con un solo brazo puedo levantarte del suelo. ¿Quieres verlo?

—¡No, no, la gente mira y va a pensar mal!

—Nadie mira a las flacuchas raras.

Fueron hasta la esquina. Macabea era muy feliz. Él la levantó en el aire, de veras, por encima de su cabeza. Ella, eufórica, dijo:

—Así debe ser viajar en avión.

Sí. Pero de pronto él no soportó el peso en un solo brazo y ella cayó de cara en el barro, con la nariz sangrante. Pero era muy cumplida y de inmediato le dijo:

—No te preocupes, es un golpe de poco.

Como no tenía pañuelo para limpiarse el barro y la sangre, se enjugó la cara con la falda, mientras decía:

—No mires, por favor, que me estoy limpiando y no se debe levantarse la falda.

Pero él se enfurruñó y no dijo ni una sola palabra más. Pasó varios días sin ir a buscarla: su entusiasmo estaba apagado.

Por último terminó por ir a buscarla. Por motivos diferentes entraron en una carnicería. Para ella el olor de la carne cruda era un perfume que la hacía levitar toda, como si hubiese comido. En cuanto a él, lo que quería era ver al carnicero y su cuchillo afilado. Tenía envidia del carnicero y también quería serlo. Hundir el cuchillo en la carne le excitaba. Ambos salieron de la carnicería satisfechos. Sin embargo ella se preguntaba: ¿qué gusto tendrá esa carne? Él se preguntaba: ¿cómo se logra ser carnicero? ¿Cuál era el secreto? (El padre de Gloria trabajaba en una carnicería estupenda.) Ella dijo:

—Voy a tener tanta añoranza de mí cuando me muera.

—Qué bobada, cuando uno se muere se acabó.

—No fue eso lo que me enseñó mi tía.

—Que se pudra tu tía.

—¿Sabes qué es lo que yo más querría en la vida? Pues ser artista de cine. Sólo voy al cine el día que el jefe me paga. Voy a los cines de barrio, más baratos. Adoro a las artistas. ¿Sabes que Marylin era toda color de rosa?

—Y tú tienes color de sucia. No tienes cara ni cuerpo para ser artista de cine.

—¿Tú crees?

—Se te ve en la facha.

—No me gusta ver sangre en el cine. Mira, yo no puedo ni siquiera ver sangre, porque me da ganas de vomitar.

—¿De vomitar o de llorar?

—Hasta el día de hoy, gracias a Dios, nunca he vomitado.

—Sí, esta vaca no da leche.

Pensar era tan difícil, ella no sabía cómo se pensaba. Pero Olímpico no sólo pensaba sino que además usaba palabras finas. Nunca olvidaría que en el primer encuentro él la había tratado de «señorita», él la había convertido en alguien. Como era alguien, hasta se compró una barra de labios color rosa. El diálogo de ambos siempre resultaba hueco. Se daba remota cuenta de que nunca había dicho una palabra espontánea. Y «amor» para ella no se decía amor, se decía no-sé-qué.

—Mira, Macabea...

—¿Qué hay que mirar?

—¡No, Dios mío, no, hay un «mira» de mirar y un «mira» como cuando quieres que una persona te escuche! ¿Me estás escuchando?

—¡Todo, todo!

—¡Pero qué todo, Dios mío, si todavía no dije nada! Pues mira, te voy a pagar un cafetito en el bar. ¿Quieres?

—¿Puede ser cortado con leche?

—Puede ser, porque cuesta lo mismo. Si fuera más, el resto lo pagas tú.

Macabea no le ocasionaba gastos a Olímpico. Esa única vez él le pago el cortado que ella llenó de azúcar, tanto que estuvo a punto de vomitar, pero se controló para no pasar vergüenza. Puso mucho azúcar para aprovecharse.

Un día fueron los dos al Jardín Zoológico, donde ella se pagó su propia entrada. Tuvo mucho miedo al ver a los animales. Tenía miedo y no los entendía: ¿por qué vivían? Pero cuando vio la masa compacta, oscura y robusta del rinoceronte, que se movía en cámara lenta, tuvo tanto miedo que se meó encima. El rinoceronte le pareció un error de Dios, que Él me perdone, por favor, ¿eh? Pero no pensó en ningún Dios, no era más que un modo de. Por la gracia de alguna divinidad, Olímpico no se dio cuenta de nada y ella le dijo:

—Estoy mojada porque me senté en un banco mojado.

Y él no se dio cuenta de nada. Ella rezó automáticamente dando las gracias. No era agradecimiento a Dios, sólo repetía lo que había aprendido en la niñez.

—La jirafa es tan elegante, ¿verdad?

—Tonterías, un animal no es elegante.

Ella tuvo envidia de la jirafa, que se erguía allá arriba, en el aire. Al ver que sus comentarios sobre los animales no agradaban a Olímpico, buscó otro tema:

—En Radio Reloj dijeron una palabra que me pareció un poco rara: mimetismo.

Olímpico la miró con desconfianza:

—¿Esas son cosas que pueda decir una señorita virgen? ¿Para qué sirve saber demasiado? El Mangue está lleno de chicas que han hecho demasiadas preguntas.

—¿El Mangue es un barrio?

—Es un mal sitio, sólo para hombres. Tú no lo vas a entender, pero te diré una cosa: todavía hay mujeres baratas. Tú me has costado poco, un cafetito. No pienso gastar nada más contigo, ¿vale?

Ella pensó: no merezco que él me pague nada porque me he meado.

Después del aguacero del zoo, Olímpico ya no fue el mismo: se puso más bruto. Sin pensar en que él mismo era de pocas palabras, como conviene a un hombre serio, le dijo:

—¡Hay que fastidiarse! ¡Tú no abres el pico ni sabes decir una palabra!

Entonces, afligida, ella dijo:

—¡Oye, el emperador Carlomagno era llamado Carolus en su tierra! ¿Y sabías que la mosca vuela con tanta velocidad que si volase en línea recta daría la vuelta al mundo en 28 días?

—¡Eso es mentira!

—¡No, no y no, juro por mi alma pura que eso lo escuché en Radio Reloj!

—Pues yo no me lo creo.

—Que me caiga muerta ahora mismo, si estoy mintiendo. Que mi padre y mi madre se queden en el infierno, si te engaño.

—Mira que te vas a caer muerta. Escúchame: ¿estás haciéndote la idiota o lo eres de verdad?

—No sé bien lo que soy, me parece que tal vez un poco... ¿un poco cómo?... Quiero decir, no sé muy bien quién soy yo.

—¿Pero al menos sabes que te llamas Macabea?

—Es verdad. Pero no sé qué hay dentro de mi nombre. Sólo sé que nunca he sido importante...

—Pues ve enterándote: mi nombre aparecerá escrito en los periódicos y será leído por todo el mundo.

Ella dijo a Olímpico:

—¿Sabes que en mi calle tengo un gallo que canta?

—¿Por qué dices tantas mentiras?

—¡Te lo juro, por la vida de mi madre que es verdad!

—¿Pero no está muerta tu madre?

—Ah, sí..., qué cosa...

(¿Pero y yo? ¿Y yo que estoy contando esta historia que nunca me ocurrió a mí ni a nadie que yo conozca? Me siento abismado al ver que sé tanto de la verdad. ¿Será que mi oficio doloroso es el de adivinar en la carne de la verdad que nadie quiere percibir? Si lo sé casi todo de Macabea es porque una vez vi de reojo la mirada de una norestina amarillenta. Esa imagen me la entregó de cuerpo entero. En cuanto al paraibano, es seguro que debo haberle fotografiado la cara mentalmente; y cuando se presta una atención espontánea y virgen de imposiciones, cuando se presta atención, la cara lo dice casi todo.)

Ahora me oculto otra vez y vuelvo a esas dos personas que por la fuerza de las circunstancias eran seres semiabstractos.

Pero todavía no he pintado bien a Olímpico. Venía del *sertão* de Paraíba y tenía una resistencia nacida de la pasión por su tierra brava y hendida por la sequía. Había traído consigo, comprada en el mercado de Paraíba, una lata de vaselina perfumada y un peine, como única y exclusiva posesión suya. Se untaba el pelo negro hasta que le chorreaba. No creía que a las cariocas les disgustara ese pringue aceitoso. Había nacido retostado y más duro que una rama seca de árbol o de una piedra al sol. Era más pasible de salvación que Macabea, porque no había sido por azar que matara a un hombre, malquistado con él, en alguna vereda del *sertão,* donde hundió toda la hoja de la navaja, suave, suavemente en el hígado blando del campesino. Guardaba aquello en un secreto absoluto, lo que le daba la fuerza que da un secreto. Olímpico era un macho de riña. Pero flaqueaba cuando se trataba de entierros: a veces iba tres veces en la semana a los funerales de desconocidos, que venían anunciados en los periódicos, sobre todo en *El Día;* los ojos se le llenaban de lágrimas. Era una flaqueza, pero quién no tiene la suya. La semana en que no había entierros era una semana vacía para ese hombre que, aunque era insensato, sabía muy bien lo que quería. De modo que no era nada insensato. Macabea, al contrario de Olímpico, era fruto del apareamiento de «el qué» con «el qué». A decir verdad, parecía haber nacido de una idea vaga cualquiera de sus padres hambrientos. Olímpico al menos robaba siempre que podía, incluso al guarda de la obra en donde dormía. Haber matado y robar hacían que él no fuese un simple tonto cualquiera, le daban una categoría, lo convertían en un hombre con el honor ya lavado. Él también se salvaba más que Macabea porque tenía gran talento para dibujar con rapidez perfectas caricaturas ridículas de los retratos de los poderosos que salían en los periódicos. Era su venganza. Su única bondad con Macabea fue decirle que le conseguiría un puesto en la empresa metalúrgica cuando la despidiesen. Para ella esa promesa fue un escándalo de alegría (explosión), porque en la metalúrgica encontraría su única conexión verdadera con el mundo: el mismo Olímpico. Pero Macabea, de un modo general, no se preocupaba de su propio futuro: tenerlo era un lujo. Había oído en Radio Reloj que existían siete mil millones de personas en el mundo. Ella se sentía perdida. Pero con su tendencia a ser feliz, se consoló de inmediato: había siete mil millones de personas para ayudarla.

A Macabea le gustaban las películas de terror o las musicales. Tenía predilección por las mujeres ahorcadas y las que recibían un tiro en el corazón. No sabía que ella misma era una suicida, aunque nunca se le hubiese ocurrido matarse. Es que la vida le resultaba tan insulsa como el pan de ayer sin mantequilla. Y Olímpico era un demonio con suerte y vital y de él nacerían hijos, él tenía el preciado semen. Como ya se ha dicho o no se ha dicho, Macabea tenía ovarios marchitos como una seta cocida. Ah, si pudiese coger a Macabea, darle un buen baño, un plato de sopa caliente, un beso en la frente mientras la tapaba con una manta. Y hacer que cuando se despertase encontrara solamente el gran lujo de vivir.

Olímpico, a decir verdad, no mostraba ninguna satisfacción por el noviazgo con Macabea: es lo que descubro ahora. Tal vez Olímpico advirtiese que Macabea no tenía la fuerza de la raza, que era un subproducto. Pero cuando vio a Gloria, la compañera de Macabea, se dio cuenta de inmediato de que ella tenía clase.

Gloria poseía en su sangre un buen caldo portugués y además se veía elegante cuando se cimbreaba al caminar, a causa de su sangre africana escondida. A pesar de ser blanca, tenía en sí la fuerza de lo mulato. Se oxigenaba hasta el amarillo huevo sus cabellos crespos, cuyas raíces siempre estaban oscuras. Pero aun oxigenada era rubia, lo que sumaba un punto más para Olímpico. Además de tener una gran ventaja, que el norestino no podía despreciar: cuando Macabea la presentó, le había dicho «¡Soy carioca de pura cepa!». Olímpico no entendió lo que significaba «de pura cepa», porque esa frase era un dicho de los años de juventud del padre de Gloria. El hecho de ser carioca la convertía en un miembro del envidiable clan del sur del país. Tan pronto como la vio, adivinó que Gloria, aun cuando era fea, estaba bien alimentada. Eso hacía de ella un material de buena calidad.

Al mismo tiempo, el noviazgo con Macabea había entrado en una rutina tibia, si es que alguna vez había experimentado algo caliente. Muchas veces él no se presentaba en la parada del autobús. Pero al menos era un pretendiente. Y Macabea sólo pensaba en el día en que él quisiese formalizar. Y casarse.

Más tarde, de pregunta en pregunta, Olímpico supo que Gloria tenía madre, padre y comida caliente a sus horas. Eso la convertía en un material de primera calidad. Olímpico cayó en éxtasis cuando supo que el padre de la chica trabajaba en una carnicería.

Por las nalgas se adivinaba que sería buena paridora. En cuanto a Macabea, le pareció que tenía en sí misma su propio fin.

Olvidé decir que era realmente asombroso que para el cuerpo casi marchito de Macabea fuese tan amplio su soplo vital, casi ilimitado y tan rico como el de una doncella grávida, encinta de sí misma, por partenogénesis; tenía sueños esquizofrénicos en los que aparecían gigantescos animales antediluvianos, como si ella hubiese vivido en las épocas más remotas de esta tierra sangrienta.

Entonces (explosión) fue cuando se deshizo de repente la relación entre Olímpico y Macabea. Una relación quizá rara, pero al menos emparentada con algún amor pálido. Él le dijo que había conocido a otra chica y que esa chica era Gloria. (Explosión.) Macabea había visto muy bien lo ocurrido entre Olímpico y Gloria: los ojos de ambos se habían besado.

Ante la cara un poco demasiado inexpresiva de Macabea, él hasta procuró decirle alguna gentileza que suavizara la hora del adiós para siempre. Al despedirse le dijo:

—Tú, Macabea, eres un pelo en la sopa. No te dan ganas de comer. Discúlpame si te he ofendido, pero soy sincero. ¿Estás ofendida?

—¡No, no, no! ¡Ah, por favor, ahora quiero irme! ¡Por favor, díme adiós en otro momento!

Es mejor que no hable de felicidad o de infelicidad: eso suscita aquella añoranza desmayada y lila, aquel perfume de violeta, las aguas heladas de la marea mansa y sus espumas sobre la arena. Yo no lo quiero suscitar porque eso hace daño.

Macabea, me he olvidado de decirlo, tenía una desdicha: era sensual. ¿Cómo puede ser que en un cuerpo tan estropeado como el de ella cupiese tanta lascivia, sin que ella lo supiera? Misterio. Al comienzo de la relación, había pedido a Olímpico una foto de 3 x 4 en la que él salía riendo, para mostrar su canino de oro, y ella se excitaba tanto que rezaba tres padres nuestros y dos avemarías para calmarse.

En el momento en que Olímpico le dio calabazas, la reacción de ella (explosión) fue inmediata e inesperada: sin más, se echó a reír. Reía porque no se acordaba de llorar. Sorprendido, Olímpico, sin entender, soltó unas carcajadas.

Terminaron riendo los dos. En ese momento él tuvo una intuición que, por fin, era una delicadeza: le preguntó si se estaba riendo de nervios. Ella dejó de reír y dijo muy, muy cansada:

—No lo sé, no lo sé...

Macabea entendió una cosa: Gloria era la ostentación del existir. Y todo debía de ser porque Gloria era gorda. La gordura siempre había sido el ideal secreto de Macabea, ya que en Maceió había oído que un muchacho decía a una gorda que pasaba por la calle: «¡tu gordura es hermosura!» Desde ese momento le hacía ilusión tener carnes y fue la única vez en su vida que pidió algo. Pidió a la tía que le comprara aceite de hígado de bacalao. (Ya en esa época tenía interés en los anuncios.) La tía le preguntó: ¿te crees una niña de buena familia para pedir esos lujos?

Después que Olímpico la dejó, ya que no era una persona triste, Macabea procuró continuar como si nada hubiese ocurrido. (Ella no se sintió desesperada, etc., etc.) Además, ¿qué podía hacer? Porque ella era crónica. Hasta la tristeza era cosa de ricos, para quien podía, para quién no tenía nada que hacer. La tristeza era un lujo.

Olvidé decir que al día siguiente en que él le diera calabazas, ella tuvo una idea. Ya que nadie le daba una fiesta y mucho menos de compromiso, daría una fiesta para sí misma. La fiesta consistió en comprarse sin necesidad una barra de labios nueva, no de color rosa como la que usaba, sino rojo vibrante. En el servicio de la oficina se pintó la boca y hasta fuera del contorno, para que sus labios finos tuvieran ese aspecto bonito de los labios de Marylin Monroe. Después de pintarse se quedó mirando en el espejo la imagen que a su vez la miraba espantada. Porque en lugar de carmín, parecía que sus labios echaran mucha sangre a causa de una bofetada en plena boca, con dientes rotos y carne herida (pequeña explosión). Cuando volvió al despacho, Gloria se rió de ella:

—¿Estás tonta, chica? ¿Pintarte como una loca? Pero si pareces una de esas que van con los soldados.

—¡Yo soy virgen! No soy mujer de soldado ni de marinero.

—Perdona que te lo pregunte: ¿ser fea sabe mal?

—Nunca lo he pensado, me parece que cae un poquitín mal. Pero yo te pregunto si a ti que eres fea te sabe mal.

—¡¡¡Yo no soy fea!!! —gritó Gloria.

Después pasó todo y Macabea siguió con su gusto de no pensar en nada. Vacía, vacía. Como he dicho, no tenía ángel de la guarda. Pero se arreglaba como podía. A lo sumo, era casi impersonal. Gloria le preguntó:

—¿Por qué me pides tantas aspirinas? No te estoy diciendo que me las devuelvas, aunque cuesten dinero.

—Es para no sentir el dolor.

—¿Qué dices? ¿A ver? ¿Tienes dolores?

—Siempre tengo dolores.

—¿Dónde?

—Dentro, no sé explicarme.

Por otra parte, cada vez le era más difícil explicarse. Se convirtió en una simpleza orgánica. Adoptó el aire de quien en las cosas simples y honestas encuentra la gracia de un pe-

cado. Le gustaba sentir el paso del tiempo. Aunque no tuviese reloj, o por eso mismo, gozaba del amplio tiempo. Estaba supersónica de vida. Nadie percibía que ella con su existencia superaba la barrera del sonido. Para las demás personas ella no existía. Su única ventaja sobre los otros era saber tragar comprimidos sin agua, así, en seco. Gloria, que le daba aspirinas, la admiraba por eso, lo que a Macabea le producía un baño de tibio gusto en el corazón. Gloria le advirtió:

—Un día un comprimido se te va a pegar en la pared de la garganta y vas a quedar como una gallina con el pescuezo a medio cortar, corriendo de aquí para allá.

Un día tuvo un éxtasis. Fue adelante de un árbol tan grande que ella no podía abrazar el tronco. Pero a pesar del éxtasis ella no vivía con Dios. Rezaba con indiferencia. Sí. Pero el misterioso Dios de los otros le otorgaba a veces un estado de gracia. Feliz, feliz, feliz. Con su alma casi voladora. También vio un platillo volante. Trató de contárselo a Gloria, pero no estuvo oportuna, no sabía hablar, ¿y qué podía contar? ¿El aire? No se cuenta el todo porque el todo es un nada vacío.

A veces la atacaba la risa mientras estaba escribiendo. Entonces iba al lavabo para estar sola. De pie y sonriendo hasta que se le pasara (me parece que ese Dios era muy misericordioso con ella: le daba lo que le arrebataba). De pie, pensando en nada, los ojos fijos.

Gloria no era una amiga: apenas una compañera. Gloria regordeta, blanca e insulsa. Tenía un olor raro. Seguro que porque no se lavaba mucho. Se teñía los pelos de las piernas peludas y de las axilas, que no se afeitaba. Olímpico: ¿será rubia también abajo?

Con respecto a Macabea, Gloria experimentaba un vago sentimiento maternal. Cuando la veía demasiado apagada, decía:

—¿A qué viene esa cara de?

Macabea, que nunca se enfadaba con nadie, se irritaba con la costumbre que tenía Gloria de dejar la frase inacabada. Gloria usaba una colonia de sándalo muy fuerte y Macabea, que tenía el estómago delicado, casi vomitaba al olerla. No decía nada porque en esos momentos Gloria era su conexión con el mundo. Ese mundo compuesto por la tía, Gloria, el señor Raimundo y Olímpico, y a mucha distancia las chicas con las que compartía el cuarto. En compensación, se comunicaba con una foto de Greta Garbo joven. Para mi sorpresa, porque yo no imaginaba que Macabea fuese capaz de sentir lo que expresa un rostro como ése. Greta Garbo, pensaba ella sin decirlo, esa mujer debe ser la mujer más importante del mundo. Pero lo que ella quería ser precisamente no era la altiva Greta Garbo, cuya trágica sensualidad estaba en un pedestal solitario. Lo que ella quería, como ya he dicho, era parecerse a Marylin. Un día, en un raro momento de confidencias, le dijo a gloria quién le gustaría ser. Gloría soltó una carcajada:

—¿Así que ella, Maca? ¡No te quedas corta, tú!

Gloria estaba muy satisfecha consigo misma: se valoraba en mucho. Sabía que tenía la actitud medio indolente de la mulata, un lunar marcado junto a la boca, sólo para dar gusto, y un vello fuerte que se teñía. Su boca era rubia. Hasta parecía un bigote. Era una revoltosa, pero tenía calidez de corazón. Sentía pena por Macabea, pero que se apañase, ¿quién le mandaba ser tonta? Y Gloria pensaba: no tengo nada que ver con ella.

Nadie puede entrar en el corazón de nadie. Macabea podía hablar con Gloria, pero nunca con el pecho abierto.

Gloria tenía un trasero alegre y fumaba cigarrillos mentolados para tener buen aliento cuando besaba interminablemente a Olímpico. Estaba bastante satisfecha: tenía todo lo que su poco deseo le brindaba. Y había en ella una actitud de desafío que se resumía en un «a mí no me manda nadie». Pero un día empezó a mirar, a mirar y a mirar a Macabea. De pronto ya no aguantó más y con un leve acento portugués dijo:

—Oye, mujer, ¿tú no tienes cara?

—Sí que tengo. Es que tengo la nariz roma, soy alagoana.

—Dime una cosa, ¿no piensas en el futuro?

La pregunta se quedó en eso, porque la otra no supo responder.

Muy bien. Volvamos a Olímpico.

Él, para impresionar a Gloria y presumir después de fortachón, compró pimienta de la brava en el mercadillo de los norestinos, y para mostrar a su nueva amiguita lo duro que era, masticó los granos enteros de ese fruto del diablo. Ni siquiera tomó un vaso de agua para apagar el fuego de sus entrañas. El ardor casi intolerable le volvió más rudo, sin contar que Gloria, asustada, empezó a obedecerle. Él pensó: ¿acaso no soy un vencedor? De modo que se prendió a Gloria con la fuerza de un zángano: ella le daría la miel de abejas y carne en abundancia. No se arrepintió ni por un instante de haber roto con Macabea, porque su destino era el de subir para entrar un día en el mundo de los otros. Él tenía apetito de ser otro. En el mundo de Gloria, por ejemplo, él se iba a saciar, el valentón frágil. Por fin dejaría de ser lo que siempre había sido y que se ocultaba a sí mismo porque se avergonzaba de semejante flaqueza: desde la niñez no fue más que un corazón solitario que latía con dificultad en el espacio. El hombre del *sertão* es ante todo un sufriente. Yo le perdono.

Gloria, pensando en compensar el haberle quitado el novio a la otra, la invitó a tomar la merienda, el domingo, en su casa. ¿Soplar después de morder? (Ah, qué historia trivial, apenas si aguanto escribirla.)

Allí (pequeña explosión) a Macabea le estallaron los ojos. Porque en el desorden sucio de una clase media de tercera, con todo, se advertía el bienestar opaco de quien gasta todo el dinero en comida; en el suburbio se comía mucho. Gloria vivía en la calle del General no-sé-quién, muy contenta de vivir en la calle de un militar, se sentía más segura. En su casa hasta tenía teléfono. Tal vez fue una de esas pocas ocasiones en que Macabea vio que para ella no había lugar en el mundo, y percibió con exactitud por qué Gloria le daba tantas cosas. Que eran una gran taza llena de chocolate de verdad, espeso, mezclado con leche, y muchas clases distintas de rosquillas azucaradas, sin hablar de una pequeña tarta. Macabea, mientras Gloria salía del salón, se guardó a escondidas una galleta. Después pidió perdón al Ser abstracto que daba y quitaba. Se sintió perdonada. El ser le perdonaba todo.

Al día siguiente, lunes, no sé si por el hígado fastidiado por el chocolate o por el nerviosismo que le produjo beber cosas de rico, lo pasó mal. Pero, obstinada, no vomitó para no desperdiciar ese lujo que era el chocolate. Días después, al cobrar su salario, tuvo la audacia, por primera vez en su vida (ex-

plosión), de ir a la consulta de un médico barato recomendado por Gloria. Él la examinó, la examinó y la examinó de nuevo.

—¿Usted hace régimen para adelgazar, hija?

Macabea no supo qué contestar.

—¿Qué come?

—Perritos calientes.

—¿Nada más?

—A veces como algún bocadillo de mortadela.

—¿Y qué bebe? ¿Leche?

—Sólo café y refrescos.

—¿Qué refrescos? —preguntó él sin saber qué decir. Al azar preguntó: —¿Usted a veces tiene crisis de vómitos?

—¡Oh, nunca! —exclamó muy espantada, porque no estaba tan loca como para desperdiciar comida, como ya he dicho.

El médico la miró y supo que no hacía régimen para adelgazar. Pero le resultaba más cómodo insistir en que no hiciese una dieta para adelgazar. Sabía que era así y que él era médico de pobres. Fue lo que dijo mientras le recetaba un tónico que ella no compró, porque había ido al médico por si con eso sólo se curaba. El doctor se irritó, sin saber el por qué de su repentina irritación y rebeldía:

—¡Esa historia del régimen de perritos calientes es pura neurosis y lo que necesita es buscarse un psicoanalista!

Macabea no entendió nada pero pensó que el médico esperaba que ella se sonriese. Entonces sonrió.

El médico, muy gordo y sudoroso, tenía un tic que de cuanto en cuando le hacía estirar rítmicamente los labios. El resultado era que parecía estar haciendo pucheros, como un bebé cuando se dispone a llorar.

Ese médico no tenía ningún estímulo. Ejercía la medicina para ganar dinero y no por amor a la profesión ni a los enfermos. Era desconsiderado y pensaba que la pobreza era una cosa fea. Trabajaba para los pobres aunque detestaba tratar con ellos. Le parecían los residuos de una sociedad muy alta a la que él tampoco pertenecía. Sabía que no estaba actualizado en medicina y en las novedades clínicas, pero para los pobres valía. Su sueño era tener dinero para hacer exactamente lo que quería: nada.

Cuando él le advirtió que iba a examinarla, ella dijo:

—Me han dicho que en la consulta del médico hay que quitarse la ropa, pero yo no me quito nada.

La observó con rayos X y le explicó:

—Usted tiene un principio de tuberculosis pulmonar.

Ella no sabía si era bueno o malo. De modo que, como persona muy educada, dijo:

—Muchas gracias ¿eh?

El médico simplemente se negó a tener piedad. Y añadió: cuando no sepa qué comer, prepárese unos buenos espaguetis a la italiana.

Y agregó con esa sombra de bondad que se permitía, ya que también se consideraba perseguido por la suerte:

—No es demasiado caro...

—Esa comida que ha dicho usted yo nunca en la vida la he comido. ¿Está buena?

—¡Buenísima! ¡Mire qué tripa tengo yo! Es el resultado de



buenos platos de macarrones y mucha cerveza. Pase de la cerveza, es mejor no beber alcohol.

Ella repitió, cansada:

—¿Alcohol?

—¿Sabe qué le digo? ¡Que la parta un rayo!

Sí, estoy apasionado por Macabea, mi querida Maca, apasionado por su fealdad y su anonimato total, pues ella no existe para nadie. Apasionado por sus pulmones frágiles, la delgaducha. Yo quisiera que ella abriese la boca para decir:

—Estoy sola en el mundo y no creo en nadie, todos mienten, a veces hasta en la hora del amor, yo no veo que una persona hable con otra, la verdad sólo me llega cuando estoy sola.

Sin embargo, Maca jamás dijo frases, en primer lugar porque era parca de palabras. Además, no tenía conciencia de sí y no reclamaba nada, incluso pensaba que era feliz. No se trataba de una idiota, pero tenía la felicidad pura de los idiotas. Tampoco se prestaba atención a sí misma: ella no sabía. (Veo que he procurado dar a Maca una situación mía: yo necesito de unas horas diarias de soledad, porque si no, «me muero».)

Por mi parte, sólo soy verdadero cuando estoy solo. De niño pensaba que de un momento a otro me caería fuera del mundo. ¿Por qué no caen las nubes, cuando todo cae? Porque la gravedad es menor que la fuerza del aire que las eleva. Inteligente, ¿verdad? Sí, pero un día caen hechas lluvia. Es mi venganza.

No le contó nada a Gloria porque de un modo general mentía: tenía vergüenza de la verdad. La mentira era mucho más decente. Pensaba que la buena educación es saber mentir. También se mentía a sí misma, en un devaneo volátil dentro de la envidia a su compañera. Gloria, por ejemplo, tenía inventiva: Macabea la vio despedirse de Olímpico besándose la punta de sus dedos y arrojando el beso al aire como se suelta un pajarillo, cosa que Macabea nunca hubiese pensado hacer.

(Este relato es apenas unos hechos no elaborados de materia prima que me tocan en forma directa antes de pensar. Sé muchas cosas que no puedo decir. Además, ¿pensar qué?)

Gloria, tal vez por remordimiento, le dijo:

—Olímpico es mío, pero seguro que tú te encuentras otro pretendiente. Digo que es mío porque fue lo que mi cartomante me dijo y no quiero desobedecerla porque ella es médium y nunca se equivoca. ¿Por qué no le pagas una consulta y le pides que te eche las cartas?

—¿Es muy caro?

Estoy absolutamente cansado de la literatura; sólo la mudez me hace compañía. Si todavía escribo, es porque no tengo nada más que hacer en el mundo mientras espero la muerte. La búsqueda de la palabra en la oscuridad. El acontecer menudo me invade y me deja en la calle. Quisiera revolcarme en el barro, apenas controlo mi necesidad de bajezas, la necesidad de juerga y del peor gozo absoluto. El pecado me atrae, lo prohibido me fascina. Quiero ser cerdo y gallina y después matarlos y beberles la sangre. Pienso en el sexo de Macabea, diminuto pero inesperadamente cubierto de fuertes y abundantes pelos negros; su sexo era la única marca vehemente de su existencia.

Ella no pedía nada, pero su sexo exigía, como un girasol brotado de una sepultura. En cuanto a mí, estoy cansado. Tal vez de la compañía de Macabea, Gloria, Olímpico. El médico me produjo náuseas con su cerveza. Tengo que interrumpir este relato durante unos tres días.

En estos últimos tres días, solo, sin personajes, me despersonalizo y me quito de mí mismo como quien se quita la ropa. Me despersonalizo hasta el punto de adormilarme.

Ahora emerjo y echo en falta a Macabea. Continuemos:

—¿Es muy caro?

—Yo te presto el dinero. Madama Carlota puede romper también el maleficio que te hayan echado. Ella me rompió uno, a medianoche en punto de un viernes trece de agosto, más allá de San Miguel, en un *terreiro* de macumba. Me sangraron encima un cerdo negro y siete gallinas blancas y me rasgaron la ropa que ya estaba ensangrentada. ¿Tú tienes valor?

—No sé si puedo ver sangre.

Tal vez porque la sangre es algo secreto de cada uno, la tragedia vivificante. Pero Macabea sólo sabía que no podía ver sangre, lo demás es lo que yo he pensado. Estoy entrando en un terrible interés por los hechos: los hechos son piedras duras. No hay modo de huir. Los hechos son palabras dichas por el mundo.

Bien.

Ante esa ayuda súbita. Macabea, que nunca se acordaba de pedir, pidió permiso al jefe inventando un dolor de muelas y aceptó el dinero prestado que no sabía cuándo iba a devolver. Esa audacia le dio unos ánimos inesperados para una audacia mayor (explosión): como el dinero era prestado, tuvo el pensamiento torcido de que no era suyo, y por tanto, podía gastarlo. Así que por primera vez en su vida cogió un taxi y fue a Olaria. Me temo que no se atrevió a tanto por desesperación, aunque no supiese que estaba desesperada; estaba roída hasta la miseria, con una mano atrás y otra delante.

No le fue difícil encontrar la casa de madama Carlota y



su atención en ella. Sus ojos se agrandaban en una súbita voracidad de futuro (explosión). Y yo también tengo esperanzas, por fin.

—¡Y hay más! Vas a recibir mucho dinero, que entrará por tu puerta durante la noche, de mano de un hombre extranjero. ¿Tú conoces a algún extranjero?

—No, señora —dijo Macabea, ya desanimada.

—Pues lo conocerás. Él es rubio y tiene ojos azules o verdes o castaños o negros. Si no fuera porque te gusta tu ex pretendiente, ese extranjero sería tu novio. ¡No! ¡No! ¡No! Ahora veo otra cosa (explosión) y aunque no lo veo muy claro también oigo la voz de mi guía: ese extranjero se llama Hans, según parece, ¡y es él quien se casará contigo! Tiene mucho dinero, todos los extranjeros son ricos. Si no me engaño, y nunca me engaño, él te dará mucho amor y tú, reina mía, ¡tú vas a vestirte de terciopelo y sedas, y hasta llevarás un abrigo de piel!

Macabea comenzó (explosión) a temblar, porque hay un lado doloroso en la felicidad excesiva. Sólo se le ocurrió decir:

—Pero con el calor que hace en Río no se necesita un abrigo de piel...

—Pues lo tendrás sólo para presumir. Hace tiempo que no echo cartas tan buenas. Siempre digo la verdad: mira tuve la franqueza de decirle a esa chica que salió antes de aquí que será atropellada por un coche; lloró mucho, ¿te fijaste que tenía los ojos enrojecidos? Ahora te daré un amuleto que tienes que guardar dentro del sujetador, ay, que casi no tienes pecho, pobrecilla, en contacto con tu piel. Tú no tienes pecho, pero vas a engordar, tendrás un buen cuerpo. Mientras no engordes, ponte el sujetador unas bolas de algodón para que parezca que tienes. Mira, cariñito mío, Jesús me manda que también te cobre este amuleto, porque todo el dinero que recibo por echar las cartas lo doy para un orfanato. Pero si no puedes, no me lo pagues, lo harás cuando todo lo que te he dicho se haya cumplido.

—No, le pagaré, señora, usted ha acertado en todo, usted es...

Estaba atontada, no sabía qué pensar, parecía que le habían dado un golpe en su cabeza de cabellos escasos, se sentía tan desorientada como si le hubiese ocurrido una desgracia. Sobre todo, experimentaba por primera vez lo que los demás llamaban pasión: estaba apasionada por Hans.

—¿Qué puedo hacer para tener más cabello? —se animó a preguntar, porque ya se sentía otra.

—Estás pidiendo demasiado. Pero está bien: lávate la cabeza con jabón Aristolino, no uses pedazos de jabón amarillo. Por este consejo no te cobraré nada.

¿También eso? (Explosión.) Le estallaba el corazón, ¿también más pelo? Había olvidado a Olímpico y sólo pensaba en el desconocido: sería algo fantástico encontrar a un hombre de ojos azules o verdes o castaños o negros, no había modo de equivocarse, el campo de las posibilidades era enorme.

—Ahora —dijo la madama—, ve a encontrarte con tu maravilloso destino. Además, tengo a otra feligresa esperando, he pasado mucho tiempo contigo, cariño mío, ¡pero merecía la pena!

En un ímpetu súbito (explosión), en un impulso vivo, Macabea, entre feroz y descomedida, dio un sonoro beso en la mejilla a la madama. Sintió de nuevo que su vida comenzaba a ser mejor en ese mismo momento: y qué bueno era besar. De niña, como no tenía a quien besar, besaba la pared. Al acariciarla se acariciaba a sí misma.

Madama Carlota había acertado en todo, Macabea estaba estupefacta. Sólo entonces advirtió que su vida era una miseria. Tuvo ganas de llorar al ver el lado opuesto, ella que, como he dicho, hasta ese momento se había considerado feliz.

Salió de la casa de la cartomante tambaleándose y se detuvo en el callejón oscurecido por el crepúsculo; el crepúsculo que es la hora de nadie. Pero ella estaba allí, con sus ojos ofuscados, como si el instante último de la tarde fuese una mancha de sangre y de oro casi negro. Toda esa riqueza del ambiente la recibió con la primera mueca de la noche que, sí, sí, era honda y opulenta. Macabea permaneció quieta y aturdida, sin saber si atravesaría la calle, pues su vida ya había cambiado. Y había cambiado por las palabras: desde los tiempos de Moisés se sabe que la palabra es divina. Aun para atravesar la calle era ya otra persona. Una persona grávida de futuro. Sentía en sí una esperanza tan violenta como nunca lo fuese la desesperación que no sintió. Si ella ya no era



esa facilidad le pareció una buena señal. El apartamento, en los bajos, estaba en la esquina de un callejón y entre las piedras del suelo crecía el capín; ello lo notó porque siempre notaba lo que era pequeño e insignificante. Pensó vagamente mientras tocaba la campanilla de la puerta: el capín crece tan fácil y tan simple. Tenía pensamientos gratuitos y sueltos porque, aunque involuntaria, poseía mucha libertad interior.

Madama Carlota en persona le abrió, la miró con naturalidad y dijo:

—Mi guía ya me había avisado que venías a verme, hijita. ¿Cómo te llamas? Ah, ¿sí? Es muy bonito. Entra, cielito. Tengo una clienta en la salita del fondo, tú espera aquí. ¿Quieres un cafetito, cariño?

Macabea se sentó un poco asustada porque no tenía costumbre de recibir tanto cariño. Y bebió, con cuidado de su propia vida frágil, el café frío y casi sin azúcar. Mientras tanto, miraba con admiración y respeto la sala en que se encontraba. Allí todo era de lujo. Plástico amarillo en las butacas y sofás. Y también flores de plástico. El plástico era lo máximo. Estaba boquiabierta.

Al final salió de la sala del fondo una muchacha con los ojos muy rojos y madama Carlota ordenó a Macabea que pasara. (Qué soso lidiar con hechos, lo cotidiano me aniquila, tengo pereza de escribir este relato que no es más que un desahogo. Veo que escribo más aquí y más allá de mí. No me responsabilizo de lo que escribo ahora.)

Continuemos, pues, aunque sea con esfuerzo: madama Carlota era enjundiosa, tenía su boquita regordeta pintada de un rojo vivo y en las mejillas grasientas llevaba dos círculos de colorete brilloso. Parecía una muñeca de loza medio rota. (Veo que esta historia no da para profundidades. Describir me cansa.)

—No tengas miedo de mí, cielito hermoso. Porque quien está a mi lado, al mismo tiempo está junto a Jesús.

Y señaló el cuadro de colorines donde, en bermellón y oro, estaba representado el corazón de Cristo.

—Yo soy una *fan* de Jesús. Estoy loquita por Él. Él siempre me

ha ayudado. Mira, cuando yo era joven tenía lo necesario para llevar vida fácil de mujer. Y la tenía fácil, gracias a Dios. Después, cuando ya no valía mucho en el mercado, el mismísimo Jesús me dio la oportunidad de hacer sociedad con una colega y abrimos una casa pública. Allí gané dinero y pude comprarme este apartamento, aquí, en los bajos. Dejé la casa pública porque era difícil cuidar de tantas chicas, que lo único que hacían era querer robarme. ¿Te interesa lo que te estoy contando?

—Mucho.

—Pues haces bien, porque yo no miento. Tú también tienes que ser *fan* de Jesús, porque el Salvador te salvará. Mira, la policía no permite echar las cartas, cree que estoy metiéndome en la vida de los demás, pero, como yo les he dicho, ni la policía consigue destronar a Jesús. ¿Te has dado cuenta de que Él me ha dado el dinero para tener unos muebles buenísimos?

—Sí, señora.

—¡Ah! ¿O sea que te has dado cuenta? Por lo que veo, eres inteligente, esto está muy bien, porque la inteligencia fue lo que me salvó.

Madama Carlota mientras hablaba iba cogiendo bombones, uno tras otro, de una caja abierta y se llenaba la boca pequeñina. No le ofreció ninguno a Macabea. La muchacha, que como ya he dicho tenía tendencia a notar insignificancias, observó que dentro de cada bombón había un líquido denso. No le apetecía un bombón, porque había aprendido que las cosas son ajenas.

—Yo era pobre, comía mal, no tenía vestidos bonitos. Entonces caí en la vida. Me gustó, porque soy una persona muy cariñosa, tenía mucho afecto a todos los hombres. Además, en mi barrio era divertido, porque charlábamos mucho entre las compañeras. Estábamos muy unidas y sólo de vez en cuando me liaba a reñir con alguna. Pero también eso era bueno: yo era muy fuerte y me gustaba pegar, tirar del pelo y morder. Y ahora que digo morder, tú no sabes qué dientes tan bonitos tenía, todos blancos y brillantes. Pero se me estropearon tanto que ahora llevo dentadura postiza. ¿Crees que se nota que son postizos?

—No, señora.

—Mira, yo era muy limpia y no se me pegaban enfermedades malas. Sólo una vez pillé una sífilis, pero me curé con penicilina. Era más tolerante que las demás, porque soy buena, y a fin de cuentas daba lo que era mío. Tenía un hombre que me gustaba de verdad y yo lo mantenía, porque él era muy fino y no quería cansarse con ninguna clase de trabajo. Era un lujo que yo me daba y él me zurraba. Cuando me daba una paliza, yo estaba segura de que me quería, me gustaba que me pegase. Con él era amor; con los otros, trabajo. Después que desapareció, para no sufrir, me divertía enamorándome de mujeres. El cariño de una mujer también es muy bueno, casi te lo aconsejo, porque tú eres demasiado delicada para soportar la brutalidad de los hombres, y si te consigues una mujer, ya verás lo bueno que es; entre mujeres el cariño es mucho más fino. ¿Tienes posibilidad de tener una mujer?

—No, señora.

—Pero es que tú no te arreglas. Quien no se arregla, sola se desarregla. ¡Ay, cuánto añoro mi barrio! Yo estuve en las mejores épocas del Mangue, que era frecuentado por caballeros de verdad. Además del precio fijo, muchas veces te ganabas una propina. Me han dicho que el Mangue está muy venido a menos, que ahora ese barrio no tiene más de media docena de casas. En mis tiempos había doscientas. Yo esperaba apoyada en la puerta, vestida sólo con bragas y sujetador de encaje. Después, cuando ya me puse muy gorda y empecé a perder los dientes, me convertí en alcahueta. ¿Sabes lo que quiere decir alcahueta? Yo uso esa palabra porque nunca he tenido miedo de las palabras. Hay gente que se asusta del nombre de las cosas. ¿Tú tienes miedo de las palabras, cielo?

—Lo tengo, sí, señora.

—Entonces tendré cuidado de no soltar ningún taco, quédate tranquila. He oído decir que el Mangue tiene un olor insoportable. En mis tiempos quemaban incienso para que la casa tuviese un aire limpio. Eso le daba un olor de iglesia. Todo se hacía con mucho respeto y también con mucha religión. Cuando fui regenta de la casa, empecé a juntar mis dineritos, dándole su parte a la jefa, por supuesto. De vez en cuando había tiros, pero nadie se metía conmigo. Cariñito, ¿te estoy aburriendo con mi historia? ¿Ah, no? ¿Tienes paciencia para esperar un poco más las cartas?

—La tengo, sí, señora.

Entonces madama Carlota le contó que en el Mangue, en su cuarto, tenía bonitos adornos en las paredes.

—¿Tú sabes, cariño, que el olor de hombre es bueno? Hace bien a la salud. ¿Tú ya has olido olor de hombre?

—No, señora.

Por último, después de chuparse los dedos, madama Carlota le mandó cortar las cartas con la mano izquierda, ¿has oído, cielito mío?

Macabea separó un montón con mano trémula: por primera vez iba a tener un destino. Madama Carlota (explosión) era un punto culminante en su existencia. Era el vórtice de su vida, que a través de un embudo iba a desembocar en esa gran dama cuyo colorete brillante daba a la piel una lisura de plástico. La madama de pronto abrió tamaños ojos.

—¡Pero Macabeíta, qué vida horrible la tuya! ¡Que mi amigo Jesús se apiade de ti, hijita! ¡Pero qué horror!

Macabea palideció: nunca se le había ocurrido que su vida fuese tan mala.

Madama acertó todo sobre su pasado, incluso le dijo que apenas si había conocido a su padre y a su madre y que había sido criada por una pariente que se había portado como una mala madrastra. Macabea se espantó ante esa revelación; hasta ese momento siempre había pensado que lo que había hecho su tía era educarla para que fuese una chica fina. Madama añadió:

—En cuanto al presente, hijita, también está horrible. Vas a perder tu trabajo y ya has perdido a tu pretendiente, pobrecilla de ti. Si no puedes, no me pagues la consulta, yo tengo recursos.

Macabea, poco habituada a recibir cosas gratis, rehusó el regalo pero con el corazón lleno de agradecimiento.

Entonces (explosión) sucedió de repente: la cara de madama se encendió de luz:

—¡Macabea! ¡Tengo grandes cosas que anunciarte! Presta atención, cariño mío, porque lo que voy a decirte es de la mayor importancia. Es algo muy serio y muy feliz: ¡Tu vida cambiará por completo! Y digo más: cambiará desde el momento en que salgas de mi casa. Te vas a sentir otra. ¡Has de saber, cielito, que incluso tu novio va a volver para proponerte matrimonio, está arrepentido! ¡Y tu jefe te dirá que lo ha pensado mejor y que no te despedirá!

Macabea nunca había tenido ánimos para tener esperanza.

Pero ahora escuchaba a madama como a una trompeta que llegara de los cielos, mientras sobrellevaba una taquicardia feroz. Madama tenía razón: por fin Jesús ponía

ella misma, eso constituía una pérdida que era una ganancia. Así como existía la sentencia de muerte, la cartomante le había dictado sentencia de vida. De pronto todo era muy, muy y tan amplio que sintió ganas de llorar. Pero no lloró: sus ojos brillaban como el sol que moría.

Entonces, cuando dio el paso para bajar de la acera y atravesar la calle, el Destino (explosión) susurró rápido y goloso: ¡ahora, ahora, ya ha llegado mi hora!

Enorme como un transatlántico, el Mercedes amarillo la atropelló; en ese mismo instante, en algún lugar único en el mundo, un caballo se irguió en respuesta con la carcajada de su relincho.

Macabea, al caer, aún tuvo tiempo para ver, antes de que el coche se diese a la fuga, que ya empezaban a cumplirse las predicciones de madama Carlota, pues el coche era muy lujoso. La caída no era nada, pensó, apenas un golpe. Había dado con la cabeza en el bordillo y quedó tendida, con la cara mansamente vuelta hacia el arroyo. De la cabeza le fluía un hilo de sangre inesperadamente rojo y rico. Lo que significaba que, a pesar de todo, ella pertenecía a una resistente raza enana obstinada que tal vez un día reivindique su derecho al grito.

(Yo aún podría volver atrás, a los minutos previos y recomenzar con alegría desde el punto en que Macabea estaba de pie en la acera, pero no depende de mí decir que el hombre rubio y extranjero la mirase. Es que he ido demasiado lejos y ya no puedo retroceder. Por fortuna, al menos no he hablado ni hablaré de muerte y sí sólo de un accidente.)

Estaba inerme en el borde del pavimento, tal vez descansando de las emociones, y vio entre las piedras del arroyo un capín flaco de un verde como el de la más tierna de las esperanzas humanas. Hoy, pensó ella, hoy es el primer día de mi vida: he nacido.

(La verdad es siempre un contacto interior inexplicable. La verdad es irreconocible. ¿Por lo tanto no existe? No, para los hombres no existe.)

Volvamos al capín. Para esa exigua criatura llamada Macabea, la gran naturaleza se brindaba sólo en forma de un capín crecido en el arroyo; si se le hubiese dado el mar inmenso o las cimas de las montañas, su alma, más virgen aún que su cuerpo, se habría alucinado y le habría hecho estallar el organismo, los brazos por un lado, el intestino allá, la cabeza que rueda redonda y hueca a sus pies, como se desarma un maniquí de cera.

De pronto se prestó un poco de atención a sí misma. ¿Lo que estaba pasando era un terremoto sordo? Se había abierto en precipicios la tierra de Alagoas. Miraba, por mirar, el capín. Un capín en la gran ciudad de Río de Janeiro. A la deriva. Quién sabe si Macabea ya había sentido que también ella iba a la deriva en la ciudad inconquistable. El Destino había escogido para ella un callejón oscuro y el arroyo. ¿Sufría? Creo que sí. Como una gallina con el cogote mal cortado que corre espantada echando sangre. Sólo que la gallina huye –como se huye del dolor– entre cacareos empavorecidos. Y Macabea luchaba muda.

Voy a hacer todo lo posible para que no muera. Pero qué ganas de hacerla dormir para poder irme yo mismo a la cama.

En ese momento comenzó a lloviznar. Olímpico tenía razón: lo único que ella sabía era llover. Los finos hilos de agua helada no tardaron en empaparle la ropa y eso no era agradable.

Pregunto: ¿todas las historias que se han escrito en el mundo son historias de aflicciones?

Aparecieron algunas personas en el callejón, no se sabe de dónde, y se habían agrupado alrededor de Macabea sin hacer nada, tal como antes las personas no habían hecho nada por ella, sólo que en ese momento al menos la espiaban, lo que le otorgaba cierta existencia.

(¿Pero quién soy yo para censurar a los culpables? Lo peor es que es necesario perdonarles. Es necesario llegar a una nada tal que con indiferencia se ame o no se ame al delincuente que nos mata. Pero no estoy seguro de mí mismo: tengo que preguntar, aunque no sepa a quién, si debo amar al que me asesina y preguntar quién de ustedes me asesina. Y mi vida, más fuerte que yo, responde que quiere porque quiere venganza y responde que debo luchar como quien se ahoga, aun cuando después me muera. Si así es, que así sea.)

¿Acaso Macabea va a morir? ¿Cómo puedo saberlo? Tampoco lo sabían las personas allí presentes. Aunque, por si acaso, algún vecino hubiera puesto junto al cuerpo una vela encendida. El brillo de la rica llama parecía cantar gloria.

(Escribo sobre lo más mínimo adornándolo con púrpura, joyas y esplendor. ¿Así es como se escribe? No, no es acumulando; sí es desnudando. Pero tengo miedo de la desnudez, porque es la palabra final.)

Entre tanto, Macabea, en el suelo, parecía volverse cada vez más Macabea, como si se alcanzase a sí misma.

¿Esto es un melodrama? Lo que sé es que el melodrama era el ápice de su vida, todas las vidas son un arte y el de ella se inclinaba hacia el lamento incontenible como la lluvia y los rayos.

Se acercó en ese momento un hombre flaco de abrigo raído y se puso a tocar el violín en la esquina. Debo explicar que a ese hombre le vi una vez, al anochecer, cuando yo era niño, en Recife, y el sonido lloroso y agudo subrayaba con una línea dorada el misterio de la calle oscura. Junto al hombre escuálido había una lata de cinc en la que hacían un ruido seco las monedas de los que oían con gratitud, porque él les lloraba la vida. Sólo ahora entiendo y sólo ahora ha brotado en mí el sentido secreto: el violín es una advertencia. Sé que cuando yo muera oiré el violín del hombre y pediré música, música, música.

Macabea, Ave María, llena de gracia, serena tierra de promisión, tierra del perdón, tiene que llegar el tiempo, ora pro nobis, y yo me uso como forma de conocimiento. Yo te conozco hasta la médula por medio de un sortilegio que va de mí hacia ti. Extenderse salvajemente y entre tanto, por detrás, late una geometría inflexible. Macabea recordó los muelles del puerto. Los muelles llegaban al corazón de su vida.

¿Macabea pedir perdón? Porque siempre se pide. ¿Por qué? Respuesta: es así porque es así. ¿Siempre lo ha sido? Siempre lo será. ¿Y si no lo fue? Pero si estoy diciendo que lo es. Vaya.

Se veía perfectamente que estaba viva por el constante abrir y cerrar de sus ojos grandes, por el pecho flaco que subía y bajaba en una respiración tal vez difícil. ¿Pero quién sabe si ella no necesitaba morir? Porque hay momentos en que una persona necesita una pequeñita muerte, sin saberlo siquiera. Por mi parte, sustituyo el acto de la muerte por un símbolo suyo. Un símbolo que se puede resumir en un profundo beso, pero no en la pared áspera y sí boca a boca en la agonía del placer que es muerte. Yo, que simbólicamente muero varias veces sólo para experimentar la resurrección.

Veo con alegría que todavía no ha llegado la hora en que la estrella de cine Macabea deba morir. Por lo menos todavía no consigo adivinar si le pasa lo del hombre rubio y extranjero. Recen por ella y que todos dejen lo que estén haciendo para insuflarle vida, porque por ahora Macabea está suelta en el azar, como la puerta que se balancea al compás del viento infinito. Podría resolverlo por el camino más fácil, matar a la niña-infante, pero quiero lo peor: la vida. Los que me lean, así, se llevarán un puñetazo en el estómago, a ver si les gusta. La vida es un puñetazo en el estómago.

Entre tanto Macabea no pasaba de un vago sentimiento sobre las piedras sucias de la calle. Podría dejarla allí, en la calle, y simplemente no terminar este relato. Pero no: iré hasta donde termina el aire, iré hasta donde los grandes vendavales se desatan aullando, iré hasta donde el vacío describe una curva, iré hasta donde me lleve mi aliento. ¿Mi aliento me lleva hasta Dios? Estoy en tal grado de pureza que nada sé. Sólo sé esto: no necesito tener piedad de Dios. ¿O sí?

Tan viva estaba que se movió con lentitud y acomodó el cuerpo en posición fetal. Grotesca como había sido siempre. Aquella resistencia a ceder, pero esa voluntad de un gran abrazo. Se abrazaba a sí misma con la voluntad de la dulce nada. Era una maldita y no lo sabía. Se agarraba a un hilillo de conciencia y se repetía mentalmente, sin cesar: yo soy, yo soy, yo soy. Quién era es lo que no sabía. En su propio, hondo y negro

núcleo había ido a buscar el soplo de vida que Dios nos da.

Entonces —allí tumbada— tuvo una húmeda felicidad suprema, porque había nacido para el abrazo de la muerte. La muerte, que en este relato es mi personaje predilecto. ¿Se daría el adiós a sí misma? Me parece que no se morirá, porque tiene mucha voluntad de vivir. Y había cierta sensualidad en la forma en que se había encogido. ¿O es que el preludio de la muerte se parece a una intensa ansia sexual? Su rostro recordaba una mueca de deseo. Las cosas son siempre vísperas y si ella no muere ahora, está como nosotros en vísperas de morir, perdónenme que se lo recuerde a ustedes, que yo no me perdono la clarividencia.

Un gusto suave, pavoroso, gélido y agudo como en el amor. ¿Sería ésta la gracia que ustedes denominan Dios? ¿Sí? Si moría, en la muerte pasaría de virgen a mujer. No, no era muerte, porque no la quiero para la muchacha: sólo un accidente que no significaba ni siquiera un desastre. Su esfuerzo por vivir parecía una cosa que, si nunca la había experimentado, virgen como era, al menos había logrado intuir, pues en ese momento comprendía que la mujer nace mujer desde el primer vagido. El destino de una mujer es ser mujer. Intuía el momento casi dolorido y centelleante del desmayo de amor. Sí, doloroso reflorecimiento, tan difícil que ella comprometía en él el cuerpo y la otra cosa que ustedes llaman alma y que yo llamo..., ¿cómo?

En ese momento Macabea dijo una frase que ninguno de los presentes entendió. La dijo bien pronunciada y clara:

—En cuanto al futuro.

¿Habrá sentido añoranza del futuro? Oigo la música antigua de palabras y palabras, sí, es así. En esta hora exacta Macabea tuvo una náusea profunda y casi vomitó, quería vomitar lo que no es cuerpo, vomitar algo luminoso. Una estrella de mil puntas.

¿Qué es lo que ahora estoy viendo y me asusta? Veo que ha vomitado un poco de sangre, vasto espasmo, por fin el núcleo tocando el núcleo: ¡victoria!

Y entonces..., entonces un repentino grito y estertor de gaviota, de repente un águila voraz que se lleva a los aires altos la oveja tierna, el gato suave que despedaza al sucio ratón cualquiera, la vida que se come la vida.

¡¿Tú también, Bruto?!

Sí, de este modo he querido anunciar que..., que Macabea ha muerto. Venció el Príncipe de las Tinieblas. Por fin la coronación.

¿Cuál fue la verdad de mi Maca? Basta descubrir la verdad para que ya no exista: pasó el momento. Pregunto: ¿qué existe? Respuesta: no existe.

Pero que no se lamenten los muertos: ellos saben lo que hacen. He estado en la tierra de los muertos y después de un terror tan negro resucité en perdón. ¡Soy inocente! ¡No me consuman! ¡No soy vendible! Ay de mí, todo es perdición y es como si la mayor culpa fuese mía. Quiero que me laven las manos y los pies y después..., que después los unjan con óleos santos de tanto perfume. Ah, qué ganas de alegría. Ahora me esfuerzo para reír a carcajadas sonoras. Pero no sé por qué no río. La muerte es un encuentro con uno mismo. Recostada, muerta, era tan grande como un caballo muerto. El mejor negocio todavía es el siguiente: no morir, porque morir no basta, no me completa, yo que necesito tanto.

Macabea me mató.

Ella estaba al fin libre de sí y de nosotros. No se asusten, morir es un instante, pasa de prisa, lo sé porque acabo de morir con la chica. Discúlpenme esta muerte. Es que no pude evitarla, la gente acepta todo porque ya ha besado la pared. Pero he aquí que de pronto siento mi último gesto de rebeldía y aulló: ¡¡¡la mortandad de los palomos!!! Vivir es un lujo.

Pronto, ha pasado.

Muerta, las campanas doblaban pero sin que sus bronces resonaran. Ahora entiendo esta historia. Es la inminencia que hay en las campanas que casi-casi doblan.

La grandeza de cada uno.

Silencio.

Si un día Dios viniese a la tierra, se produciría un silencio enorme.

El silencio es tal que ni siquiera el pensamiento piensa.

¿El final fue lo bastante elocuente para las necesidades de ustedes? Muriendo ella se convirtió en aire. ¿Aire potente? No lo sé. Murió en un instante. El instante es esa milésima en que el neumático del coche que corre a alta velocidad toca el suelo y después no lo toca, pero después lo vuelve a tocar. Etc. etc., etc., En el fondo, ella no había pasado de ser una cajita de música un poco desafinada.

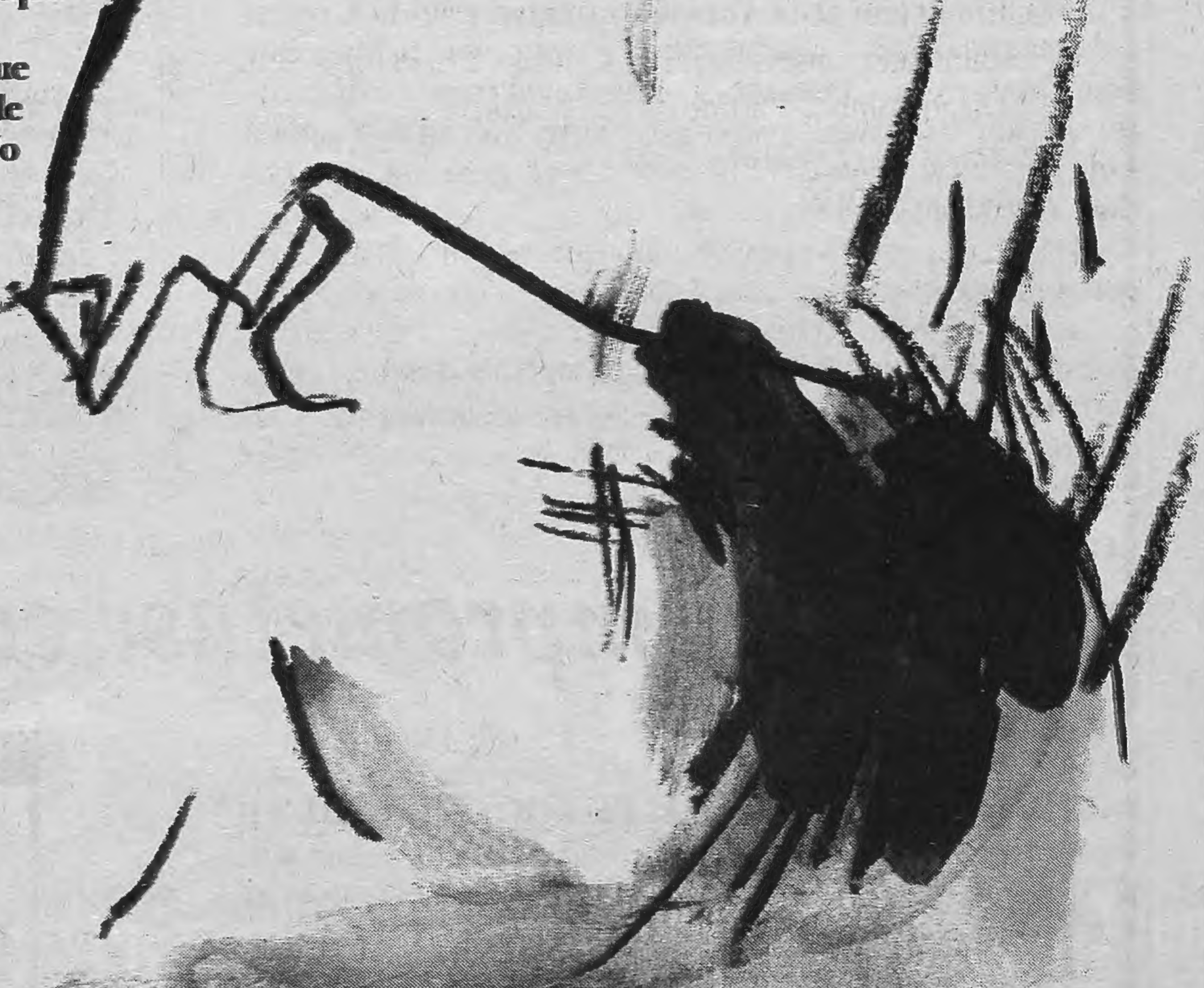
Yo les pregunto a ustedes:

—¿Cuánto pesa la luz?

Y ahora..., ahora sólo me resta encender un cigarrillo e irme a casa. Dios mío, ahora mismo he recordado que la gente muere. Pero..., ¡¿yo también?!

No olvidar que, pese a todo, estamos en el tiempo de las fresas.

Sí.



Por amor a la vida

DONE SUS ORGANOS

La única esperanza de vida de muchos niños, jóvenes y adultos depende del trasplante, y las familias donantes hallan alivio a su dolor por ese generoso acto que valoriza la vida de sus semejantes.

Para cualquier gestión dirigirse a:

C.U.C.A.I.B.A.

Centro Unico Coordinador de Ablación e Implante de la Provincia de Buenos Aires.
Calle 51 N° 1120 e/17 y 18 La Plata.
Teléfonos (021) 52-8703 / 53-5713 / 53-9913 / 53-9914 FAX: (021) 53-3633

Sede C.U.C.A.I.B.A. en Capital Federal

Casa de la Provincia de Buenos Aires.
Callao 237 C.P. 1022 Capital Federal.
Teléfonos (01) 40-3587 / Conmutador 40-7045/46 int. 202 FAX (01) 446-2880

C.R.A.I. Norte

Centro Regional de Ablación e Implante Norte.
Hospital Interzonal General de Agudos "Eva Perón" - Ruta 8 y Diego Pombo - Partido de San Martín.
Teléfonos (01) 754-2189 / 2190 / 2191
FAX (01) 754-2192

C.R.A.I. Sur

Centro Regional de Ablación e Implante Sur.
Hospital Interzonal General de Agudos "San Martín" - Calle 1 e/ 69 y 70 - La Plata.
Teléfonos (021) 27-0117 / 27-0133 - FAX 25-9224

Ley Provincial 10.586

En este delicado tema de salud, el gobierno bonaerense da respuestas.
El **C.U.C.A.I.B.A., Centro Unico Coordinador de la Provincia de Buenos Aires,** es el Organismo encargado de desarrollar esta actividad específica.
El Gobierno Provincial por intermedio del fondo de Trasplantes garantiza la financiación de trasplantes para todo ciudadano bonaerense que no posea cobertura social o medios para realizarlo.

¡Comprométase con la vida!



MINISTERIO DE SALUD

UN COMPROMISO DEL GOBIERNO
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



Página/12
Presenta

Historias para divertirse resolviendo enigmas !!!

El Laberinto de los juegos

de Eduardo Abel Giménez y Douglas Wright

Brujas

Extraterrestres

Monstruos

Para que los chicos disfruten **todo el verano!**

Todos los miércoles una revista de 16 páginas a todo color

Una realización exclusiva de

Página/12

